

13179

Junio 1/71

EL TEATRO.

COLECCION
DE OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS.

EL BUSTO DE ELISA,

DRAMA EN TRES ACTOS Y EN VERSO.

672

MADRID:
OFICINAS: PEZ, 40, 2.^o
1871.

L47 - 5984

CATALOGO

DE LAS OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS DE LA GALERIA

EL TEATRO.

Al cabo de los años mil.
Amor de antesala.
A belardo y Eloisa.
Abnegacion y nobleza.
Angela.
Afectos de odio y amor.
Arcanos del alma.
Amar despues de la muerte.
Al mejor cazador...
Achaque quieren las cosas.
Amor es sueño.
A caza de cuervos.
A caza de herencias.
Amor, poder y pelucas.
Amar por sebas.
A falta de pan...
Artículo por artículo.
Aventuras imperiales.
Achaques matrimoniales.
Andarse por las ramas.
A pan y agua.
Al Africa.
Bonito viaje.
Boadicea, *drama heróico*.
Batalla de reinas.
Berta la flamenca.
Barómetro conyugal.
Bienes mal adquiridos.
Bien vengas mal si vienes solo.
Bondades y desventuras.
Corregir al que yerra.
Cañizares y Guevara.
Cosas suyas.
Calamidades.
Como dos gotas de agua.
Cuatro agravios y ninguno.
¡Como se empuñe un marido!
Con razon y sin razon.
Cómo se rompen palabras.
Conspirar con buena suerte.
Chismes, parientes y amigos.
Con el diablo á cuchilladas.
Costumbres políticas.
Contrastes.
Cañina.
Carlos IX y los Hugonotes.
Carnioli.
Candilito.
Caprichos del corazón.
Con canas y polleando.
Culpa y castigo.
Crisis matrimonial.
Cristóbal Colon.
Corregir al que yerra.
Clementina.
Con la música á otra parte.
Cara y cruz.
Dos sobrinos contra un tío.
D. Primo Segundo y Quinto.
Dudas de la conciencia.
Don Sancho el Bravo.
Don Bernardo de Cabrera.
Dos artistas.
Diana de San Roman.
D. Tomás.
De audaces es la fortuna.
Dos hijos sin padre.
Dando menos se piensa...
D. José, Pepe y Pepito.
Dos mirlos blancos.
Dudas de la honr.
De la mano á la boca.
Doble emboscada.
El amor y la moda.
Está loca!

En mangas de camisa.
El que no cae... resbala.
El niño perdido.
El querer y el rascar...
El hombre negro.
El fin de la novela.
El filántropo.
El hijo de tres padres.
El último vals de Weber.
El hongo y el miriñaque.
¡Es una malva!
Echar por el atajo.
El clavo de los maridos.
El onceno no estorbar.
El anillo del Rey.
El caballero feudal.
¡Es un ángel!
El 5 de agosto.
El escondido y la tapada.
El leoncindo Vidriera.
¡En crisis!
El Justicia de Aragon.
El Monarca y el Judío.
El rico y el pobre.
El beso de Judas.
El alma del Rey Garcia.
El afán de tener novio.
El juicio público.
El sitio de Sebastopol.
El todo por el todo.
El gitano, ó el hijo de las Alpujarras.
El que las da las toma.
El camino de presidio.
El honor y el dinero.
El payaso.
Este cuarto se alquila.
Esposa y mártir.
El pan de cada día.
El mestizo.
El diablo en Amberes.
El ciego.
El protegido de las nubes.
El marqués y el marquésito.
El reloj de San Plácido.
El bello ideal.
El castigo de una falta.
El estandarte español en las costas africanas.
El conde de Montecristo.
Elena, ó hermana y rival.
Esperanza.
El grito de la conciencia.
¡El autor! ¡El autor!
El enemigo en casa.
El último nichón.
El levantado por fuerza.
El alma en un hilo.
El alcalde de Pedroñeras.
Egoismo y honradez.
El honor de la familia.
El hijo del ahorcado.
El dinero.
El lorobado.
El Diablo.
El Arte de ser feliz.
El que no la corre antes...
El loco por fuerza.
El soplo del diablo.
El pastelero de Paris.
Furor parlamentario.
Fallas juveniles.
Francisco Pizarro.
Fe en Dios.
Gaspar, Melchor y Baltasar, ó el

ahijado de todo el mundo.
Genio y figura.
Historia china.
Hacer cuenta sin la hoespecta.
Herencia de lágrimas.
Instintos de Alarcón.
Indicios vehementes.
Isabel de Medicis.
Ilusiones de la vida.
Imperfecciones.
Intrigas de torador.
Ilusiones de la vida.
Jaime el Barbudo.
Juan Sin Tierra.
Juan sin Pena.
Jorge el artesano.
Juan Diente.
Los nerviosos.
Los amantes de Chinclon.
Lo mejor de los dados.
Los dos sargentos españoles.
Los dos inseparables.
La pesadilla de un casero.
La hija del rey René.
Los extrémos.
Los dedos huespedes.
Los éxtasis.
La posdata de una carta.
La mosquita muerta.
La hidrofobia.
La cuenta del zapatero.
Los quid pro quos.
La Torre de Londres.
Los amantes de Teruel.
La verdad en el espejo.
La banda de la Condesa.
La esposa de Sancho el Bravo.
La boda de Quevedo.
La Creacion y el Diluvio.
La gloria del arte.
La Gitanilla de Madrid.
La Madre de San Fernando.
Las flores de Don Juan.
Las aparcencias.
Las guerras civiles.
Lecciones de amor.
Los maridos.
La lápida mortuoria.
La bolsa y el bolsillo.
La libertad de Florencia.
La Archiduguesita.
La escuela de los amigos.
La escuela de los perdidos.
La escala del poder.
Las cuatro estaciones.
La Providencia.
Los tres banqueros.
Las herfanas de la Caridad.
La niña Iris.
La dicha en el bien ajeno.
La mujer del pueblo.
Las bodas de Camacho.
La cruz del misterio.
Los pobres de Madrid.
La planta exótica.
Las mujeres.
La union en Africa.
Las dos Reinas.
La piedra filosofal.
La corona de Castilla (categoria).
La calle de la Montera.
Los pecados de los padres.
Los infelices.
Los meros del Riff.

EL BUSTO DE ELISA.

DON ANTONIO MARTÍNEZ.

EL BUSTO DE ELISA.

José Rodríguez

55-5

EL BUSTO DE ELISA,

DRAMA

EN TRES ACTOS Y EN VERSO,

POB

DON ANTONIO HURTADO.

Representado por primera vez en el Teatro de la Alhambra el
4 de Mayo de 1871.



MADRID.

IMPRESA DE JOSE RODRIGUEZ, CALVARIO, 18.

1871.

PERSONAJES.

ACTORES.

LA SEÑORA DE AVIRANETA.	SRAS. RODRIGUEZ.
ÉLISA.....	ALVAREZ.
LUIS.....	SRES. REIG.
D. DIEGO DE AVIRANETA....	VICO.
D. PEDRO DE SAN MARTIN..	PARREÑO.
PASCUAL, criado.....	GARCÍA.
UN ESTATUARIO.....	FIDEL.

El primer acto en Barcelona: el segundo y
tercero en Nadrid.

Escrita sobre el *Marbrier* de Dumas, padre.

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones de Ultramar, ni en los países con que haya celebrados ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria. El autor se reserva el derecho de traducción.

Los comisionados de las Galerias Dramáticas y Líricas de los *Sres. Gullon e Hidalgo*, son los exclusivos encargados del cobro de los derechos de representación y de la venta de ejemplares.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

ACTO PRIMERO.

Habitacion elegante en un hotel: puertas á derecha,
izquierda y fondo.

ESCENA PRIMERA.

PASCUAL, el ESTATUARIO, acabando de entrar y buscando una
tarjeta en su cartera; Pascual le mira atentamente con semblan-
te afligido.

ESTAT. Hágame usted el favor
de pasar esta tarjeta.

PASC. (Sin tomarla.)
El señor de Aviraneta
no recibe.

ESTAT. Sí, señor,
recibe; al ménos á mí,
que, habiendo en mi casa estado,
su tarjeta me ha dejado
para que yo venga aquí.

PASC. Ah!... no digo lo contrario;
¿quiere usted decir su nombre?...

ESTAT. Diga usted sólo, buen hombre,
que está aquí el Estatuario.

PASC. (Vivamente conmovido.)
Ah!... ya sé: el del monumento
de la niña.

- ESTAT. Si señor.
- PASC. (Dándole silla.)
Hágame usted el honor
de esperar sólo un momento.
- ESTAT. Está bien; no tengo prisa;
sé que está bajo una pena...
- PASC. (Limpiándose los ojos.)
Ay! horrible!... ¡Era tan buena!...
tan buena la pobre Elisa! (Llorando.)
¡En el albor de su edad!...
- ESTAT. ¡Muy joven!
- PASC. Una criatura!
¡Un asombro de hermosura
y un tesoro de bondad!
- ESTAT. Pérdida tremenda ha sido!
- PASC. Sí, señor; cruel, impía;
con más razon lo diria
á haberla usted conocido!
- ESTAT. Dios dé al hermano y la madre
valor y resignacion!
- PASC. Sí; pero más compasion
debe inspirarnos el padre.
- ESTAT. ¿Él no la ha visto morir?
- PASC. Quiá!... tras diez años de ausencia
se halla con esta ocurrencia.
- ESTAT. ¿Luego está para venir?...
- PASC. Justo; esta noche ó mañana
llegará á mucho tardar;
el cuatro se dió á la mar
en un buque de la Habana...
- ESTAT. ¡Qué desdicha!...
- PASC. Hoy media el mes;
conque por mucho que quiera
retrasarse...
- ESTAT. ¡Quién pudiera
detener al buque!
- PASC. Pues!...
- ¡Ya vé usted en qué ocasion
va á llegar!...
- ESTAT. (Con dolor.) No tiene nombre:
¡comprendo que al pobre hombre
se le rompa el corazon!...

— 7 —

PASC. Ya vé usted!... pisar el puerto
con amante regocijo...
vamos, se muere de hijo
al saber que Elisa ha muerto.
No le volverán la calma
el hijo, su esposa fiel;
¡si era Elisa para él
su sol, su aliento y su alma!...
Quién dará al pobre señor
la nueva triste y fatal?

ESCENA II.

DICHOS, LUIS, de negro, lloroso, y con un pañuelo blanco en
la mano.

LUIS. No te preocupes, Pascual;
Dios me infundirá valor.

PASC. Ah, señor!... (Le besa la mano.)
¡Es tan cruel
la embajada!

LUIS. En Dios espero.

PASC. (Enjugándose los ojos.)
Este joven...

ESTAT. (Inclinándose.) Caballero...

LUIS. (Á Pascual.)
Déjame solo con él.

PASC. Ah, bien.

LUIS. Y está muy alerta,
porque fuera un compromiso
que mi padre, sin aviso,
entrarse por esa puerta.

PASC. Descuide usted, que seré
un segundo Cancerbero.

LUIS. Vé, pues. (Sale Pascual y Luis cierra.)

ESCENA III.

LUIS, el ESTATUARIO.

ESTAT. Yo soy, caballero...

LUIS. (Interrumpiéndole.)

- Un gran artista, lo sé.
- ESTAT. (Con modestia y pesadumbre.)
Artista! un trabajador
que en lugar de cantar, reza;
y es que mi trabajo empieza
do acaba el enterrador.
- LUIS. Trasformar la piedra inerte
en algo eterno, es poder.
- ESTAT. ¡Siempre es doloroso ser
jornalero de la muerte!
pues por más que mi deseo
tras de la vida se lanza,
nunca mi buril alcanza
lo que alcanzó Prometeo.
Quizá una imagen querida
llego en la piedra á copiar:
(Con desaliento.)
¿mas qué, si no puedo dar
á ninguna estatua vida? ..
Ay... cuando en esto medito
me juzgo tan desdichado!...
Estar casi encadenado
al borde de lo infinito!
Ya vé usted si en realidad
es envidiable mi suerte;
¡siempre á vueltas con la muerte
y al pie de la eternidad!...
- LUIS. Triste vida, si señor;
vida que aterra y contrista;
mas el genio del artista
hace más dulce el dolor!
Trabajo rudo y prolijo
es su trabajo incesante.
- ESTAT. Qué es dar cuerpo á un ser amante,
á un padre, á una niña, á un hijo?
- LUIS. Ah! Cuando al cabo el cincel
da cima á una estatua bella,
dice un padre:—«¡así era ella!»
ó una esposa:—«¡así era él!»
- ESTAT. ¡Estéril fascinacion
que nunca aminora el duelo!
- LUIS. Y hacer pensar en el cielo

¿no es harta compensacion?
Tal vez un artista alcanza
volver á un alma afligida
la santa luz de otra vida,
que sólo ve la esperanza.
Pues si con mano certera,
sobre un túmulo cristiano,
labra un genio sobrehumano
que dice al que sufre: «espera;»
cansado de sollozar
responde el dolor sombrío:
—«Dios del cielo, en ti confío,
creo en tí, quiero esperar.»—
¡No es, pues, corta la merced
que hace el artista al que llora!...
y esto dicho, escuche ahora
lo que yo espero de usted.

ESTAT.

Diga usted.

LUIS.

(Lloroso y contenido.) Dichoso, ufano,
soñando acaso despierto,
es posible que hoy al puerto
arribe un misero anciano.
Tras muchos duelos prólijos
vendrá soñando en su hogar,
y acaso llora al pensar
en su esposa y sus dos hijos.
Altos juicios de Dios
frustran su amoroso anhelo,
pues por decretos del cielo
ya sus hijos no son dos.

ESTAT.

Lo sé.

LUIS.

La losa mortuoria
hoy los despojos encierra
de la que flor en la tierra
es ya un ángel en la gloria.
Aquí su retrato está!...

(Enseña su fotografía.)

ESTAT.

¡Que esto guarde el polvo vano!...

LUIS.

(Llorando.)

¡Y era el amor de un anciano
que no puede verla ya!
Niña la dejé al partir,

- ausente se hizo mujer;
ella no le vió volver,
él no la ha visto morir.
- ESTAT. Haré su busto.
- LUIS. (Vivamente y suplicante.) Oh!... quisiera...
- ESTAT. Diga usted.
- LUIS. (Dominando su profundo dolor.)
¡Mi pobre Elisa!...
que con su eterna sonrisa
dijese á mi padre: «¡Espera!»
- ESTAT. Descuide usted; lo dirá;
será su exacto reflejo.
- LUIS. (Limpiándose los ojos.)
Oh! gracias; el pobre viejo
es cristiano!... Esperará.
- ESTAT. Estará dentro de un mes.
- LUIS. Usted la pondrá valor.
- ESTAT. Ante el altar del dolor
¿quién piensa en el interés?
No es tiempo de poner tasa.
- LUIS. Usted la impondrá á su gusto.
- ESTAT. Muy bien.—Y acabado el busto,
¿dónde le llevo?
- LUIS. Á mi casa,
en Madrid; esta tarjeta
contiene las señas.
- ESTAT. (La toma y la guarda.) Bien.
- LUIS. Disponga de ella y tambien
de Luis de Aviraneta.
- ESTAT. (Tomando el sombrero.)
Gracias.
- LUIS. Déme usted su mano.
Adios, pues. (Estrechándola con calor.)
- ESTAT. (Enternecido.) Hasta la vista.
- LUIS. (Viéndole salir.)
¡Qué nobleza!... ¡pobre artista!...
- ESTAT. (Saliendo.)
Cuánto sufrel... ¡pobre hermano!

ESCENA IV.

LUIS solo, y en seguida la SEÑORA DE AVIRANETA, de luto y con las señales de un profundo y reciente dolor.

- LUIS. ¡Así mi padre algun día
verá como Elisa fué!...
- SRA. (Saliendo.) ¡Dios mio! ¿qué le dire?
- LUIS. (Volviendo.) Eh?... ¿quién es?... (Yendo a ella.)
Ah! madre mia!...
¿usted aquí? (Sosteniéndola con cariño.)
- SRA. Sí, en verdad.
- LUIS. (Con dolorosa reconvencion.)
¿Qué busca usted por aquí?...
- SRA. (Con vaguedad.) Nada... te buscaba á tí!...
me mata la soledad. (Conteniendo su dolor.)
- LUIS. ¿Posible es que no corrija
tan rudo dolor?
- SRA. No á fe:
tu padre... (Rompe á llorar) ¿Qué le diré
cuando me pida á su hija?
- LUIS. (Sencillamente.)
Qué?... ¡nada! unidos los dos,
y llorando sin consuelo,
le mostraremos el cielo
diciendo:— «Rogad á Dios.»
- SRA. Morirá.
- LUIS. (Con desaliento.) ¿Mata el pesar?...
- SRA. (Con energía.) Mata, ¿quién no lo concibe?
- LUIS. (Con dolor.) Usted fué su madre ¡y vive!...
- SRA. Ay, yo la he visto espirar.
(Con desconsuelo resignado.)
La ví espirar en sosiego,
morir tranquila la ví,
y al separarse de mí
me dijo:— «Adios! hasta luego.»
Pero el que aguardando estás...
La dejó tan niña...
- LUIS. La dejó tan niña...
- SRA. ¡Cierto!...
(Sellozando.)
¿qué dirá al saber que ha muerto

y que no ha de verla mas?
Te acuerdas cuando partió?...
LUIS. Lo recuerdo, madre mia.
SRA. El pobre!... ¡cuánto sufría!
¡cuánto al dejaros lloró!
Hijos, exclama al partir,
¡mucho al separarme pierdo!
mas vuestro santo recuerdo
ausente me hará vivir.
Cuando vuelva seré viejo,
mas os legaré una herencia:
sed muy buenos en mi ausencia,
que con buena madre os dejo.
Luego, tornándose á mí,
añadió, fijo en su idea.
—«Cuidalos, que yo los vea,
»si el cielo me vuelve á tí.
»Llevo confianza en Dios,
»temor ninguno me asalta;
»pero créeme; si uno falta,
»si uno falta de los dos,
»yo no podré resistir
»del dolor á la violencia:
»si alguno muere en mi ausencia,
»su muerte me hará morir.»—
¡Y hoy vuelve, rico, dichoso,
tranquilo, alegre, contento!...
acaso en este momento
arriba al puerto gozoso!
Ay! si; fuerza es que sucumba;
lo dijo claro, en voz alta:
—«si uno falta.»—Elisa falta,
y Elisa duerme en la tumba.
LUIS. Madre! (Queriendo distraerla.)
SRA. Y pensar que mañana,
que hoy quizá, el puerto divisa:
que piensa en tí y en Elisa,
que piensa ver á tu hermana!
¡Que acaso desde cubierta
busca el hogar en que mora,
aquella que mi alma llora,
aquella que lloro muerta!

¡pensar que con ansia ruda
vendrá, llegará al *hótel*,
y al tocar á ese dintel
me hallará alelada y muda!
Ay, pensará que está loca
la que abrumada de enojos,
tendrá solo agua en los ojos
y suspiros en la boca.

LUIS. Madre!

SRA. Por lo que he sufrido
sé bien lo que sufrirá.

LUIS. Tendrá valor!

SRA. Morirá!...

Dios nos ha dado al olvido.

LUIS. Madre!...

SRA. ¡Tristes de los dos!...
¿quién templará nuestro duelo?

LUIS. (Con dolorosa energía.)

Madre!... ¡qué ofendeis al cielo!

(Con profunda amargura.)

¿Quereis que dude de Dios?..

SRA. (Enjugando el llanto.)

Ah!... no; Luis, es verdad,
al cielo injurio y ofendo;

(Con profunda resignación.)

pero... Dios, que me está oyendo,
perdonará mi impiedad!

(Los dos permanecen mudos y llorosos durante un
corto espacio de tiempo.)

ESCENA V.

DICHOS, PASCUAL, por el fondo.

PASC. Señora!

SRA. (Con terror.) Jesús!... ¿qué quieres?
quizá el buque se divisa?...

LUIS. Viene mi padre? (Reponiéndose.)

PASC. No es eso,

es que anuncio una visita.

LUIS. (Con disgusto.) Visita en estos momentos?
¿quién es?

- PASC. Una pobre chica
que dice trae una carta
de Madrid, del doctor Silva.
- SRA. Una jóven?
- PASC. Sí, muy jóven,
la edad de la señorita,
que en paz descanse.
- LUIS. (Ap. con ira concentrada.) ¡Qué imbécil!
- SRA. (Con pena.) La edad de mi pobre hija!...
- LUIS. (Con disgusto.) Hoy mi madre no recibe,
dila que vuelva otro día.
- PASC. Es el caso que ella insiste
en dar la carta.
- LUIS. (Impaciente.) Por vida...
Recibir!... ¡cuando aun calientes
están aquí las cenizas!...
- PASC. Sí, mas como usted ha impuesto
que nadie el suceso diga,
y todo el mundo ha callado
por respetos al que arriba,
ella no sabe ..
- LUIS. (Conteniéndose.) Es muy cierto,
la culpa no es tuya, es mía.
- SRA. Te ha dicho cómo se llama?
- PASC. Lo ha dicho: se llama Elisa
de Arana!...
- SRA. (Mirando á Luis con ternura.)
Elisa!
- LUIS. (Ap. con enojo.) (¡Dios mio!
¡qué coincidencia maldita!)
- SRA. (Á Luis.)
Se llama como tu hermana!
- LUIS. Sí, ya lo oí, madre mía.
- SRA. ¿Nos conoce?
- PASC. No señora.
- LUIS. Y aunque fuera conocida...
- SRA. (Con sentimiento.)
¡Tiene su eadd!
- LUIS. (Queriendo disuadirla.) ¿Y qué importa?
- SRA. (Con enternecimiento)
¡Se llama como mi niña!
- LUIS. (Con cariño.)

- Bien, la verá usted mañana!...
Tal vez se encuentra á la vista
el buque que trae á mi padre...
SRA. (Convencida.)
Oh!... la ocasion no es propicia;
dila que vuelva mañana
y que deje esa misiva. (Sale Pascual.)

ESCENA VI.

LUIS, la SEÑORA DE AVIRANETA.

- LUIS. Eso es mejor.
SRA. (Con pena.) Cuanto siento...
¡lleva su nombre de pila!
tiene su edad!... y ha llegado
precisamente en el dia!...
LUIS. Que!... ¿va usted á preocuparse
por una cosa tan nimia?
SRA. Qué sé yo!... siento no verla!...
¡me pesa no recibirla!...

ESCENA VII.

DICHOS, PASCUAL.

- PASC. Aquí está la carta.
SRA. Dame.
(La abre, ve la firma y la deja sin leer.)
Si del doctor es la firma.
¿Se ha marchado?
PASC. No señora...
LUIS. (Reconviniéndola con cariño.)
Madre!
SRA. ¡Si siento una espinal!...
LUIS. ¿Y si verla la hace daño?...
SRA. Qué importa? Que entre en seguida.
LUIS. (Á Pascual.)
Haz lo que manda mi madre;
pero cuidado... y avisa.
PASC. Puede usted estar tranquilo.
(Desde la puerta.)

Pase usted ya, señorita.

ESCENA VIII.

DICHOS, ELISA, en traje modesto.

- ELISA. Perdóneme usted, señora,
que tan tenaz haya sido;
perdone usted si he venido
á molestarla en mal hora.
Pero quien pide merced
y de apoyo necesita...
- SRA. Siéntese usted, señorita;
¿qué puedo hacer por usted?
- ELISA. La epístola del doctor,
¿no explica lo que yo pido?
- SRA. (Señalándola.)
Ahí está: no la he leído;
hable usted, será mejor.
- ELISA. Sentiré causarla pena
con mi relato importuno.
- SRA. (Con cariño.)
Hable usted sin miedo alguno.
- ELISA. Gracias.—Usted es muy buena!
víctima de los reveses
de una fortuna menguada,
huérfana y desamparada
vivo hace ya doce meses.
- SRA. ¿Sola en el mundo? (Con tierna compasion.)
- ELISA. Sí tal.
- SRA. (Con tierno interés.)
Tan jóven!... sola!... sin madre!...
- ELISA. Hace un año que á mi padre
he perdido por mi mal.
¡Y gracias que mi dolor
y lo horrible de mi estado
algun consuelo han hallado
en la ayuda del doctor!
- SRA. ¡Tiene un alma angelical!
- ELISA. Yo su protección bendigo;
era de mi padre amigo,
amigo tierno y leal.

El día que lo perdí,
viendo mi fiera agonía,
me dijo: «desde este día
tienes otro padre en mí.»

LUIS. Ah, buen doctor! (Con gozo.)

SRA. (Enterrecida.) ¡Siempre fiel
dando amparo al afligido!

ELISA. Ah, sí; mas yo no he querido
abusar más tiempo de él.

Es pobre y no era razón
abrumarlo sin medida,
pudiendo dar á mi vida
una honrosa ocupacion.

Educada con gran lujo
en las labores de mano,
siendo diestra en el piano,
en lenguas, en el dibujo,
dije un día: «¿Por qué así?
¿por qué á su apoyo me avengo,
cuando tales medios tengo
que pueden bastarme á mí?

¿No puedo ser profesora
de educacion? ¿Quién la duda?
Si él con su nombre me escuda

¿no habrá acaso una señora
á quien, por mucho que exija,
no pueda yo gusto dar?

Si hija tiene que educar
¿no puedo educar su hija?»—

Expuesta así la cuestion,
que él no juzgó razonable,
viendo al fin que irrevocable
era mi resolucion,

me dijo un día: «Corriente;
pues que vas por Barcelona
verás allí á una persona
que está á esperar un ausente.

(La Señora llora en silencio y Luis se enjuga los ojos
de vez en cuando.)

Tiene un ángel de bondad
por hija; lleva tu nombre,
y, en fin, porque más te asombre,

casi, casi es de tu edad.
La madre... ¡qué corazón!...
¡verás qué afecto te cobra!
depon, pues, toda zozobra,
que tendrás colocación.»—
Yo, juzgando una evasiva
su oferta, tal le acosé,
que al fin... al fin le arranqué
para usted esa misiva.

(Interrumpiéndose.)

Mas pido otra vez perdón
si es que la doy un mal rato.

¿Es acaso este relato
la causa de su aflicción?

LUIS. Este llanto es un tributo
á un dolor que usted renueva;
¡mire usted qué traje lleva
mi pobre madre!

ELISA. (Con espanto, levantándose.) ¡De luto!
¡Ah Dios mío!

LUIS. Esta divisa...

ELISA. (Adivinando.)
Indica un desastre cierto.—

(Con angustia.)

Oh!... ¿quién ha muerto?

LUIS. ¡Ella ha muerto!

ELISA. (Dando un paso hácia la madre.)

Ella!... la...

SRA. (Tendiéndola su mano y sollozando.)

Sí... ¡pobre Elisa!

ELISA. (Besando su mano.)
Oh!... Dios mío!... ¡pobre madre!—

y yo he venido imprudente...

LUIS. ¿Usted? no, no; es que el ausente
que esperamos es mi padre.

Está próximo á llegar,
nada sabe, y es preciso
que nadie le dé un aviso
que le pudiera matar.

ELISA. Ah!... ¡pobre padre!... ¡Es cruel!

LUIS. Por eso usted ha podido
entrar sin haber sabido

- lo que ocurre en el hôtel.
- ELISA. Oh!... yo he debido, señor,
adivinar al momento...
¡madre infeliz!... ¡Cuánto siento
ser causa de este dolor!...
- SRA. Ah!
- ELISA. Perdone usted, señora;
pues á haberlo sospechado
me hubiera yo retirado
como me retiro ahora.
- SRA. (Vivamente.)
Hágame usted la merced
de esperar sólo un momento.
- ELISA. Obedezco.
- SRA. (Después de serenarse.) Ahora, qué intento,
qué ideas son las de usted?...
Dígame usted en sustancia
lo que proyecta!
- ELISA. (Suspirando.) Ay de mí!...
pues que nada alcanzo aquí,
seguir mi camino á Francia.
¡Á París!
- SRA. ¡Largo viaje!
¡caro pueblo!
- ELISA. (Con resignacion.) ¡Dios dirá!
poco el ir me costará
siendo escaso mi equipaje.
- SRA. Hábleme usted con franqueza
de sus medios!...
- LUIS. (En ademán de retirarse.) Madre!
- SRA. (Adivinando la delicadeza de Luis.) Oh!... sí!...
- ELISA. (Sonriendo.)
Puede usted quedarse aquí,
no es deshonra la pobreza.
Quien va del trabajo en pos
¡tendrá orgullo?...
- SRA. Eso no quita...
- LUIS. (Saludando.)
Dispense usted, señorita;
(Dando la mano á su madre.)
volveré muy pronto.
- SRA. Adios.

ESCENA IX.

La SEÑORA DE AVIRANETA, ELISA.

- ELISA. Siento, señora, en el alma
que así se marche su hijo;
cuanto usted quiera decirme
juzgo que él pudiera oirlo.
- SRA. No se ofenda usted por ello,
y perdone si lastimo
su noble delicadeza
ofreciéndola... (saca un bolsillo.)
- ELISA. (Con embarazo, pero sin ofenderse.) ¡Un bolsillo!
- SRA. Era el bolsillo de Elisa;
unos mil reales y pico;
ahorrillos de colegiala
que en bien de usted utilizo.
Si ella viviera... ¡hija mía!...
se los diera á usted lo mismo,
para ayuda del viaje
ó para hacerse un vestido.
- ELISA. Señora... (Enternecida.)
- SRA. Nada de orgullo;
tómelo usted.
- ELISA. (Con dignidad.) No lo admito.
- SRA. ¿Desaira usted la memoria
de aquella que hubiera sido
su educanda si viviera?
Aunque es corto el donativo,
(En son de ruego.)
por ser cosa de mi hija
debiera usted admitirlo.
Ademas, va usted á un pueblo
aristocrático y rico,
y allí puede más la seda,
por más que cobije al vicio,
que la virtud más ilustre
si lleva un traje mezquino.
No presuma usted por esto
que censuro su atavío,
que la escasez que va limpia

tiene para mí atractivo.

En París es otra cosa,
que allí, forzoso es decirlo,
es preciso arrastrar galas
aun para buscar destino.

ELISA. Pues bien, señora, no quiero
que usted forme mal juicio
de mi negativa.

SRA. (Ofreciendo el bolsillo.) Entónces...

ELISA. Lo que es dinero, repito... (Rehusándolo.)
mas ya que usted es tan buena
que quiere abrimme el camino
del mundo, como recuerdo
del ángel de su cariño,
acepto un vestido suyo
ya que juzga pobre el mio.
Así creeré que, escudada
por él, desde el alto empireo
velará por mí la sombra
de aquella que fué su hechizo.

SRA. Tiene usted razon.

ELISA. ¿Acepta?

SRA. (Guiándola á la puerta de un gabinete.)

Este es el santo recinto
en que el amor de mi vida
exhaló el postrer suspiro:
Cuanto ayer aun era suyo
se encuentra en el mismo sitio.
Dispense usted que no entre
por no aumentar mi martirio.
Ahí están sus galas todas.
¡Hasta el traje nuevecito
que, regalo de su padre,
aun no há diez dias que vino
de la Habana!—Entre usted sola,
elijalo usted, es rico,
y creeré vérselo á ella
ya que en ella no lo he visto.
Despues le daré unas cartas
para dos ó tres amigos,
y luego... ¡que Dios la ayude
y proteja sus designios!

ELISA. ¿Saldré vestida?
SRA. Eso quiero;
creeré al verla que aun la miro.

ESCENA X.

La SEÑORA DE AVIRANETA, sola.

Pobre niña! me da gozo!
¡Siento en el alma un alivio!...
Su edad! su nombre! su talle!...
¡Si esto parece un prodigio!...
¡claro milagro del cielo!
Dios!... que acaso condolido...
Para una flor que se agosta
siempre tiene Dios rocío.

ESCENA XI.

DICHA, PASCUAL, apresurado.

PASC. Señora!...
SRA. (Vivamente.) Cielos! .. ¿qué tienes?
PASC. ¿En dónde está el señorito?
SRA. En su cuarto.—¿Qué te ocurre?
PASC. Ocurrè... (Conteniéndose.)
SRA. (Con ansiedad.) Qué!
PASC. Que he sentido
unos cuantos cañonazos...
SRA. ¿Saludo á un buque?
PASC. De fijo.—
Y en él quizás!...
SRA. Corre, llama.
llama al momento á mi hijo.
Pero no, espera, sostenme,
tiemblo de miedo y de frio;
me siento morir!
PASC. Canastos!
tambien siento yo hormiguillo,
y pienso que estoy borracho,
y eso que no lo he bebido.

ESCENA XII.

DICHOS, LUIS, presuroso.

- LUIS. Madre, valor! Pascual, corre,
corre al portal.
- SRA. ¿Ha venido?
- LUIS. Pienso que es él.
- PASC. (Sale apresurado.) ¡Dios me valga!
si nos coge de improviso!
Voy á impedir que cualquiera
le cuente lo que ha ocurrido.

ESCENA XIII.

La SENORA, LUIS.

- SRA. Le has visto?
- LUIS. De un carruaje
le he visto salir.—No digo
que sea él! pero las señas,
su ansiedad, el afan vivo
con que miró á los balcones
al apearse...
- DIEGO. (Dentro.) ¿En el cinco?
- SRA. Su voz!... Él es!
- LUIS. (Con terror.) Ah!... qué idea!
Si repara en el vestido...
- SRA. (Adivinando con terror.)
Oh!... sí!... ¿qué hacer?
- LUIS. (Entra y sale en un gabinete trayendo un abrigo de
color.)
- Un momento!
- DIEGO. Póngase usted este abrigo!
- SRA. Gracias! (Más cerca.)
Jesus!
- LUIS. (Ayudándola.) Madre! Calma.
- SRA. ¡Préstame valor, Dios mio!
- DIEGO. Sí, aquí es. (Al paño.)
- SRA. Diego!
- DIEGO. (Entrando.) ¡Mi vida!

LUIS. Padre del alma!... (Saliendo á su encuentro.)
DIEGO. (Reconociéndole.) Ah!... mi hijo!

ESCENA XIV.

D. DIEGO, SU SEÑORA, LUIS.

DIEGO. Gracias al cielo!
LUIS. Oh! ¡qué gozo!...
SRA. Diego!
DIEGO. (Estrechándolos.) Esposa! hijo querido!
(Á su mujer.) No le hubiera conocido!
(Á Luis.) ¡Cáspita! ¡Estás muy buen mozo
¿Y Elisa?
LUIS. (Interrumpiendo.) Al diablo me doy!
¡yo aquí, cuando usted venia!
Bien es verdad, que creia
que no llegaba usted hoy.
DIEGO. Pues no te falta razon,
porque si bien se medita...
en fin, esto necesita
un poco de explicacion.
¿Y Elisa?
SRA. (Interrumpiendo.) Ventrás cansado,
¿nc es verdad?
DIEGO. Sí, ya lo creo...
con el ardiente deseo
de llegar, vengo abrumado.
SRA. Siéntate. (Llevándolo á una butaca.)
DIEGO. (Á su esposa.) Tú junto á mí.
(Á su hijo.) Y tú á este lado.
LUIS. (Afectando gran regocijo.) Oh placer!...
DIEGO. (Cogiéndoles las manos.)
Bien!... Ahora vais á saber
la causa de estar ya aquí.
LUIS. Ah! sí, sí, la explicacion
de haber llegado tan pronto.
DIEGO. Eso es!
LUIS. (Con enojo pueril.) Y yo tan tonto...
¡no dármelo el corazon!
DIEGO. Yo os escribí que saldría
el cuatro.

LUIS. (Interrumpiendo.) Justo y cabal,
en el *Aguila Imperial*,
segun la carta decia.

DIEGO. Cierta; mas otro vapor
anunció salir primero,
y dije:—«¿Pues qué espero?
mientras más pronto, mejor.»

LUIS. Bien dicho!

DIEGO. Y fué dicho y hecho;
mandé al vapor mi equipaje,
y anticipé mi viaje
en viva ansiedad deshecho.
Con gusto perdí el talon
del otro buque.

LUIS. (Con sencillez.) ¡Preciso!

DIEGO. ¡Si por llegar de improviso
hubiera dado un millon!
Porque no os puedo contar,
ni es fácil de describir,
lo que se sufre al partir,
lo que se goza al llegar.
Perpétuamente despierto,
llena de placer el alma...
se pierde el seso y la calma
cuando se divisa el puerto.
¡Se siente tan vivo afan,
que hay quien á un palo se aferra
por no dejar ver la tierra
en que sus hijos están!

SRA. Diego!... (Con viva ternura.)

DIEGO. Á mí me ha sucedido;
desde que el puerto avisté,
he sentido un no sé qué ..
¡Esta noche no he dormido!
Con una inquietud tirana
he pasado hora tras hora,
suspirando por la aurora,
por la luz de la mañana.
Oh! cuando al cabo la ví
romper de la bruma el velo,
todos los goces del cielo
dentro del alma sentí.

Sólo con los ojos fijos
al puerto absorto miraba.
—«¡Cáspita!—¡Allí están mis hijos.»—

Vamos. ¿Lo podreis creer?
cuando en el puerto me ví,
observé en frente de mí
dos niños y á una mujer.

Temblándome el corazon
saqué y agité el pañuelo,
y dije mirando al cielo:

—«¡Gracias, Dios mio, ellos son!—

Que en mis antojos extraños
casi perdí la conciencia
de esta prolongada ausencia,
ausencia de tantos años.

Y esto de manera fué,
(Á su esposa.) que pensé, ¡vé que mania!
que á mis hijos hallaría
lo mismo que los dejé.

¿Verdad que no tiene nombre
esta ilusion del cariño?

¡Caramba! ¡juzgarte niño

(Riendo á Luis)

cuando te encuentro tan hombre!...

Pero y Elisa? (Interrumpiéndose.)

SRA. (Ap.) ¡Gran Dios!

DIEGO. No tiene de verme prisa?

Por qué no llamarla? ¡Elisa! (Gritando.)

(Levantándose.)

Quiero verme entre los dos!

Saborear el placer

de hallarme á todos unido!...

(Á su mujer.) ¿Qué tal? ¿la gustó el vestido?

¡Parecerá una mujer!

Eh? ¡Y estará muy bonita!

muy bonita!... no lo extraño!

tan blanca! el pelo castaño!

ojos negros!...

LUIS. (Con cierto temor.) Padre!...

DIEGO. Grita!...

llámala!... Por dónde está?

Es que áun duerme? Está en la cama?

hija! .. Elisa!...

ESCENA XV.

DICHOS, ELISA, con traje elegante.

- ELISA. ¿Quién me llama?
LUIS. Dios nos valga! (Espantado.)
SRA. (Id. Ap.) Jesús!
DIEGO. (Embelesado al descubrirla.) Ah!...
(Riendo.) Ya no me conoce!
SRA. (Próxima á desvanecerse.) Oh!..
LUIS. (Sosteniéndola: ap.) Madre!...
DIEGO. (Abriendo los brazos.)
Canario!... no más desvío!...
soy yo!...
ELISA. (Ap. mirando á Luis y á su madre, que la hacen
señas.)
Ya entiendo!... Dios mio!...
DIEGO. No es ella?... ¡Elisa!... (Á Luisa.)
ELISA. (Acrojándose en sus brazos.)
Ah! ¡mi padre!

ESCENA XVI.

DICHOS, PASCUAL, con maletas, que deja caer al ver lo que pesa.

- PASC. (Ap.) Canario!
DIEGO. (Á su mujer.) Está encantadora!
Abrázame, vida mia.
(Con entusiasmo á Pascual.)
Qué hija tengo!... (Grupo de todos.)
PASC. (Ap. santiguándose.) Ave María!
¿Quién lo desengaña ahora?
(Luis y su madre cambian una mirada de angustia:
D. Diego contempla á su hija embelesado, y Elisa
dobla la frente al influjo de la situación en que se
ha colocado. Cae el telon.)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

Sala en casa de la familia Aviraneta: una mesita preparada para tomar té.—Un piano abierto: un retrato de la señora de Aviraneta á un lado, y el de don Diego á otro.—Flores por todas partes.

ESCENA PRIMERA.

D. DIEGO, la SEÑORA, ELISA, al piano; LUIS, de pie, á un lado. Elisa acaba de tocar una pieza.

- DIEGO. Preciosa canción!
ELISA. ¿Te gusta?
DIEGO. Tiene mucho sentimiento.
De quién es?
LUIS. De Elisa.
DIEGO. (Con asombro.) ¡Hola!...
LUIS. De Elisa música y versos.
ELISA. (Con enojo infantil.)
Calle usted!
DIEGO. (Con asombro.) ¡Versos y música!...
LUIS. Todo suyo.
DIEGO. (Con alegría.) Esas tenemos?
ELISA. Más hablador!...
LUIS. Elisita,
¿es delito decir eso?
ELISA. (Con cierto enojo.)

No señor; mas yo queria
guardar á papá el secreto.—
Yo tomaré la revancha...

(Á D. Diego.)

Papá, vuelve el rostro.

DIEGO. (Con cariñosa alegría.) Vuelvo.

ELISA. (Señalando.)

Mira ese retrato.

DIEGO. (Levantándose.) ¡El mio!

Cáspita!... ¡No está mal hecho!...

ELISA. (Señalando el otro)

Pues mira allí!...

DIEGO. ¡El de mi esposa!

¿Á quién tal sorpresa debo?...

ELISA. Oh!... papá, ¿no lo adivinas?

(Á Luis.) Responda usted, caballero.

DIEGO. ¡Tuyos ambos! (Á Luis.)

LUIS. (Á Elisa, con cariñosa reconvencion.)

¡Vengativa!...

ELISA. (Riendo.) Y bien!... ¿qué mal hay en ello?

LUIS. Es que yo tambien queria

guardar mi incógnito!...

ELISA. (Satisfecha) Bueno,
pues en paz.

DIEGO. Hijos del alma!...

¡No sabeis cuánto agradezco

esas pruebas de cariño

que hoy me colman de consuelo!...

SRA. En este solemne dia

yo soy sola la que quedo

en mal lugar!...

DIEGO. Tú?... ¿pues cómo?...

SRA. Nada te doy.

DIEGO. Bueno es esto!...

(Abrazándola.)

¿Á quién debo yo estos hijos,

que son de mi vida espejo?

Gracias á tí, á los cuidados

de tu amor, á tus desvelos,

hoy en medio de mis hijos

mi aniversario celebro.

Mi aniversario!... ¡Há diez años,

diez años... ¡cuán largo tiempo!
que apenas si he consagrado
á este día ni un recuerdo!
Y qué mucho que así fuera
estando todos tan lejos!...
¡Oh! si ausente de vosotros
me consideraba muerto,
y sólo he vuelto á la vida
cuando á vosotros he vuelto!
Ea pues!... penas á un lado,
y el día solemnicemos
como es debido.

ELISA. (Vivamente.) En buen hora.
(Á Luis.) Quieres hacerme el obsequio
de llamar?...

DIEGO. (Con extrañeza.) ¿Obsequio? Elisa!...
Á quién diriges tal ruego?

ELISA. Á Luis.

DIEGO. (Riendo.) Obsequio y todo?
Cáspita!... ¡qué cumplimientos!

LUIS. (Ap. á Elisa.)
(No ve usted? ¡Ya le ha chocado!

ELISA. (Ap. á Luis.)
Sí; mas yo qué culpa tengo?...

DIEGO. (Con cariño.)
¡Costumbres más enojosas!
hablemos aquí un momento
en santa paz.

LUIS. Pues ¿qué ocurre?

DIEGO. Ocurre... ocurre que os veo,
que os tratais de una manera
ceremoniosa en extremo.
Bueno que entre ciertas gentes
se gasten tales respetos!...
—¡Que es de buen tono!—Sin duda!
—¡Y aristocrático!—Cierto!...
Pero nosotros, que somos
y hemos sido del comercio,
¿por qué adoptar esas formas
que hacen más tibio el afecto?...
Que entre príncipes y lores
de alta alcurnia y abolengo

se traten tan seriamente
abuelos, padres y nietos,
bien estará ¿quién lo niega?
será muy santo y muy bueno;
pero entre la clase media,
á la cual pertenecemos,
eso me parece grave
y á más ridículo y necio.

(Á su mujer.)

¿No es verdad?...

SRA. (Con embarazo.) No he reparado...

DIEGO. Si eso lo repara un ciego!...
No há mucho que Elisa dijo
con sobrado miramiento,
dirigiéndose á su hermano:
«Quieres hacerme el obsequio?...»

SRA. ¡De broma quizás!...

DIEGO. ¡Qué broma!

Si hace ya un mes que lo observo!...
vamos, hijos, es preciso
que eso acabe; yo lo quiero.
Esa política fria
es propia de palaciegos,
no de hermanos.

SRA. (Ap., alarmada.) (¿Qué pretende?)

DIEGO. Conque esos dengues dejemos,
y entáblese la franqueza
con un abrazo y un beso.

SRA. (Ap.) (Jesus!...)

ELISA. (Id.) (Dios mio!...)

LUIS. (Id.) (Ahora es ella!)

SRA. (Con cierto cariño.)
Diego!... por Dios!...

DIEGO. (Con naturalidad.) Eh? ¿qué es ello?

SRA. Luis es un hombre!

DIEGO. Está claro.

SRA. Y ella...

DIEGO. Sí, si, ya lo veo;
es una mujer completa;
más ¿qué tenemos con eso?...

SRA. Un beso! (Con timidez.)

DIEGO. ¿No son hermanos?...

- SRA. Un abrazo!... (Con empacho.)
DIEGO. Y bien, ¿qué ménos pueden hacer que abrazarse? Yo no encuentro mal en esto!...
- ELISA. (Ap. con empacho.)
(¡Qué manía!)
- LUIS. (Sudando.) (Dios me valga!...)
DIEGO. (Riendo.)
Y es que están los dos violentos!... vaya!... bien; déense las manos, que en darse las manos...
- SRA. (Queriendo impedirlo.) Diego!...
DIEGO. Cáspita!... ¡cuántos reparos!...
(Empujándolos.)
Vamos... ¡las manos!...
- ELISA. (Tendiendo la suya. Ap.) (¡Dios!)
LUIS. (Conmovido y trémulo, tomándola.) (¡Cielos!...)
DIEGO. (Riendo.) ¡Se han puesto como la grana!
(A su mujer.)
¡Si son dos niños completos!...
- LUIS. (Ap.) (Fuego por mis venas corre!)
ELISA. (Id.) (Se me está saltando el pecho!...)
SRA. (Id.) (¿Cómo evito este peligro?)
DIEGO. (Alegremente.)
Conque venga el té y *laus deo*.

ESCENA II.

DICHOS, PASCUAL, hablando con nno de fuera.

- PASC. ¿Que espera usted la respuesta?
Muy bien; tome usted asiento.
- DIEGO. Qué es eso, Pascual?
- PASC. (Con una carta.) No es nada:
esto que trae un camarero desde la fonda de...
- DIEGO. Dame.
(Abre y lee la firma.)
San Martín aquí! Oh! Don Pedro!...
(Leyendo.)
«He llegado esta mañana;
dentro de poco iré á verlo.»

(Hablando á Pascual con cierta precipitacion.)

El en Madrid! No sabia...
mi buen San Martin! ¡Me alegro!—
Cómo no ha venido á casa?
cree que me falta aposento
para él?—Dí que le diga
que ya impaciente le espero.

(Cambiando de idea.)

Mejor es que yo le escriba...

(Deteniéndose.)

No, ¡escribirle cuando debo
ir yo mismo!... (Resuelto.) Ya está dicho;
nada, dí que venga.

PASC. (Saliendo.) Bueno.

DIEGO. (Deteniéndole.)

No, mejor es otra cosa;
aguarda.

PASC. (Ap.) ¡Si acabaremos!

DIEGO. Vete al instante á esa fonda
y tráete á ese caballero
al punto á casa.—¿Me entiendes?
Dile que yo no consiento
que esté en la fonda un minuto
quien es de mi casa dueño.

PASC. ¿No más?

DIEGO. No admitas disculpas;
dí que yo no las acepto,
que vas por él de mi parte,
y me lo traes sin remedio.

PASC. Voy, pues, más listo que el aire.

DIEGO. (Á su familia.)

Y ahora, escuchadme un momento.

ESCENA III.

DICHOS, menos PASCUAL.

SRA. Habla; sepamos al fin
qué te sucede, ¿qué pasa?

DIEGO. Sucede que viéne á casa
don Pedro de San Martin.

SRA. San Martin?

- DIEGO. Ese es su nombre:
un hombre honrado, un bendito.
¿No te acuerdas? ¡Si te he escrito
tantas veces de ese hombre...
- SRA. Aunque es mi memoria infiel,
empiezo á recordar algo...
- DIEGO. Lo que tengo, lo que valgo,
todo se lo debo á él.
- SRA. Ya me acuerdo: ¿aque! amigo
que tanto te protegió?
- DIEGO. Cabal; por él hallé yo
trabajo, amparo y abrigo.
Por su amistad cual ninguna
negocios logré emprender;
por él os he vuelto á ver;
por él tengo una fortuna.
Cuando asome por ahí,
(Señala la puerta.)
besadle al punto la mano,
que ha sido más que un hermano,
más que un padre para mí.
- ELISA. (Con gozo.)
¡Corazon noble y leal!...
ya le amo yo!
- LUIS. Y yo tambien!...
- DIEGO. (Vivamente receloso.)
Ah!... ¿vais á amarle?... muy bien!...
Mas no me olvidés. (Á Elisa.)
- ELISA. (Con viveza y ternura.) No tal.
- DIEGO. Mi Elisa!... (Abrazándola con ternura.)
- ELISA. (Resentida.) ¡Darle al olvido!
¿Cómo puede usted creer?...
- DIEGO. Ay!... te has hecho tan mujer
y de tal modo has crecido,
que me doy á sospechar,
y esto me pone hasta loco,
que quizás dentro de poco
tu afecto me va á faltar.
- ELISA. (Ofendida.)
Papá, ¿tal piensas de mí?
- DIEGO. Ay, sí; ¡y estoy en lo cierto!
no es verdad, Luis?

- LUIS. (Confuso.) No acierto...
- DIEGO. (Á su mujer.)
No adivinas tú?...
- SRA. (Tristemente.) ¡Yo!—¡Sí!...
- DIEGO. ¿No es verdad que es doloroso
pensar así?
- ELISA. (Con calor.) Por supuesto.
¿Por qué piensa usted en esto?
- DIEGO. (Con profundo cariño.)
Porque estoy de tí celoso.
- ELISA. (Riendo con enojo.)
Papá!... ¡Celoso de mí!...
¿Quieres quizá que te riña?
- DIEGO. (Con pasión infinita.)
Ay Elisa, ¡eras tan niña
cuando me alejé de tí!...
Te acuerdas?
- ELISA. (Con timidez.) Sin duda alguna.
- DIEGO. (Alegremente.)
¿De veras? Sí; bien lo creo;
mas yo sueño que aún te veo
dormir tranquila en la cuna.
¡Tú, serena, en paz, riente,
de Dios durmiendo en la calma!
yo viviendo de tu alma
y acariciando tu frente!
¡Cuántas noches al dormir
salté del lecho azorado,
creyendo haberte escuchado
ya suspirar, ya gemir!...
Si pudieras apreciar
todo lo que yo he sufrido
desde el día en que has nacido
hasta que empezaste á andar!
¡El inefable embeleso
con que devoré, mi Elisa,
con tu primera sonrisa
la impresion del primer beso!
¡Aquel gozo singular,
aquel dulce arrobamiento
que sentí al oír tu acento
cuando comenzaste á hablar!...

El afan devorador
con que tu inquietud seguí
cuando postrada te ví
presa del primer dolor!
Si pudieras comprender
todo este amor, vida mia,
créeme que hoy no temeria
lo que principio á temer.

ELISA. Que yo te olvide, papá?...
¿Posible es que eso te aflija?
Si eso es imposible!...

DIEGO. Ay hija,
no es imposible, será.
Vendrá un día... no te asombre,
hoy quizás, quizás mañana,
en que al pie de tu ventana
verás deslizarse un hombre.
No le habrás visto jamás,
pero al mirarte ese día,
te dirá acaso: «alma mia,
sigueme...» Y le seguirás.

ELISA. Yo de un incógnito en pos!
¿Cómo da usted por supuesto?...

DIEGO. Ay hija, así lo ha dispuesto,
así lo ha dispuesto Dios.
Y por más que no me cuadre,
y por mucho que te asombre,
nada valdrá ante ese hombre
todo el amor de tu padre.

ELISA. Oh, por Dios, no hablemos de esto.

DIEGO. ¡Sí así ha de pasar al fin!...

SRA. Ve que vendrá San Martín
y que no hay nada dispuesto.

DIEGO. (Vivamente.)
Canario!... tienes razon,
tienes razon... ven conmigo.
Á ti te encargo á mi amigo,
escoge su habitacion.

(Salen por la derecha.)

ESCENA IV.

LUIS, ELISA.

- LUIS. Mi pobre padre!
- ELISA. (Con sentimiento) ¿Por qué,
por qué reprocharme así?
¿Amo yo á nadie?
- LUIS. (Con amarga ironía.) Ay de mí!...
Á nadie, Elisa, lo sé.
- ELISA. (Próxima á llorar.)
Ay! tiene derecho á amar
la que no se pertenece?
- LUIS. ¡Libre es usted!
- ELISA. Lo parece;
mas ¿qué soy en este hogar?...
- LUIS. Un ángel!...
- ELISA. ¡Una ilusion!...
- LUIS. (Con pasión.)
Ilusion que amor despierta.
- ELISA. (Tristemente.)
Soy la sombra de una muerta;
un fantasma de ocasion.
Puedo disponer de mí?
Amar á quien bien me cuadre?...
- LUIS. ¿Por que no? (Con pasión.)
- ELISA. (Con dignidad.) Sepa su padre
entónces quién soy aquí.
Termine esta farsa cruel
que oculta un gran sentimiento,
y en la que yo represento
tan tristísimo papel.
- LUIS. ¿Y quién se atreve á borrar
su ilusion consoladora?
¿No le ha visto usted ahora
que ha estado para llorar?
No ha visto usted sus enojos
pensando en perderla un día?
¿No ha visto usted que tenía
las lágrimas en los ojos?
- ELISA. Mas ello es fuerza acabar,

- salir de este compromiso.
- LUIS. Ah! no, por Dios; lo preciso...
lo preciso es esperar.
Aguardar una ocasion
para no dar un mal paso.
- ELISA. Eso es querer que el acaso
resuelva mi situacion.
- LUIS. ¿Cree usted eso?
- ELISA. Si, en verdad.
- LUIS. El acaso!
- ELISA. A eso he debido...
- LUIS. ¿Pues cree usted que la ha traído
aquí la casualidad?
- ELISA. Sí ella no, quién?
- LUIS. Qué sé yo!
no en vano la Providencia
dió á usted la edad, la presencia
de aquel ángel que murió.
- ELISA. La Providencia!... Sí, es bella,
muy delicada esa excusa;
mas tanto de ella se abusa,
¿que quién espera ya en ella?
- LUIS. No dude usted que hay aquí
algo de providencial,
que hada ó ángel celestial,
Dios la ha traído hasta mí.
Usted escuda el dolor
de un anciano desgraciado;
usted en mí ha despertado
la aspiracion del amor.
Fascinado ante su ser
y ardiendo en vivo deseo,
amo á usted, porque la creo
al par ángel y mujer.
No abandone usted, por Dios,
al amante ni al anciano;
que tiene usted en su mano
la existencia de los dos.
- ELISA. Dios mio!... ¿qué es lo que espero
presa en esta doble red?
- LUIS. Elisa!...
- ELISA. (Turbada.) Chis!... ¡Calle usted,

que águien llega, caballero.

ESCENA V.

DICHOS, PASCUAL, entrando.

- PASC. ¿Se puede entrar?
LUIS. Adelante.
PASC. (Ap.) (Los dos solos!)
LUIS. ¿Qué hay, Pascual?
PASC. Que ese señor de la fonda
dice que al punto vendrá.
LUIS. Avisá, pues, á mi padre.
PASC. (Ap. con malicia.)
(Y otra vez solos!... ¡Qué par!...
Y el viejo tragando moscas!...
¡pobre viejo!...)
LUIS. (Impacientemente.) ¿No te vas?
PASC. (Yéndose.)
Allá voy! (Ap.) (Claro!... es hermano...
y querrá fraternizar!...
Por vida de... despues de esto
no me queda que ver más!)

ESCENA VI.

LUIS, ELISA.

- LUIS. Impertinente! (Ap. viéndole salir.)
ELISA. (En ademán de levantarse.) Ese hombre
tiene un modo de mirar!...
LUIS. Oh! va usted á levantarse?
ELISA. Permita usted... (Insistiendo.)
LUIS. (Deteniéndola con el ademán.) ¿Dónde va?
Tengo que decirla tanto!...
ELISA. Luis!... (Con dignidad.)
LUIS. (Con pena.) ¿Me quiere usted dejar?
ELISA. Si usted dice una palabra...
LUIS. No, callaré, bien está;
mas deje usted que me mire
en el divino cristal
de esos ojos que me abrasan

- y que matándome están!
- ELISA. Caballero!... (En ademán de irse.)
- LUIS. (Deteniéndola.) No, ya callo,
vuélvase usted á sentar
al piano!...
- ELISA. (Sentándose y ap.) (Dios del cielo!...)
- LUIS. Toque usted esa ideal
fantasia con que Weber
se despidió al espirar;
gemido de un alma triste,
ay postrero de un mortal
que va á buscar en el cielo
lo que el mundo no le da.
(Elisa toca: pausa.)
Elisa, así está mi alma,
anegada de pesar,
si usted la niega su afecto,
con la de Weber se irá.
(Elisa sigue tocando hasta que entra San Martín.)

ESCENA VII.

DICHOS, SAN MARTÍN, que entra poco á poco.

- MARTÍN. Bravo!...
- ELISA. (Levantándose asustada.) Jesús!...
- LUIS. (Volviéndose vivamente.) Caballero!
- MARTÍN. Eso se llama tocar!
prosiga usted, señorita,
prosiga usted!
- LUIS. (Ap.) (¿Quién será?)
- ELISA. Acababa ya!
- MARTÍN. Lo siento:
toca usted muy bien!
- ELISA. (Con suma modestia.) No tal,
favor que usted...
- MARTÍN. No, no, hija,
digo la pura verdad:
si tocase mal, lo mismo
se lo diría!
- LUIS. (Asombrado: ap.) (¡Es marcial!)
- MARTÍN. Es usted en el piano

- una notabilidad.
- LUIS. ¿Puedo saber á quién tengo,
señor, el gusto de hablar?
- MARTIN. Soy un amigo de casa,
si usted no lo lleva á mal,
pues con su dueño me liga
una sincera amistad.
- LUIS. San Martín quizás? (Adivinando.)
- MARTIN. El mismo!...
- LUIS. Oh! señor... (Con efusion.)
- MARTIN. Y usted será
Luis? Y esta niña Elisa?
¿me equivoco?
- ELISA. No en verdad.
- MARTIN. Es claro! tanto en la Habana
de ustedes me habló papá,
que apenas los ví, me dije:
—«Caramba!... ellos son, no hay más.»—
Tengo yo una retentiva!
Hubiera sido capaz
de reconocer á Elisa
hasta en la calle!... cabal!...
Ya se ve! como su padre
nunca dejó de charlar
de ella!... Oh!... y en este punto
nada me ha dicho de más!...
no señor, es muy bonita,
muy linda. ¡Á la vista está...
y toca bien el piano,
y es modesta, angelical...
(Movimiento de Elisa.)
No se ofenda usted, criatura,
que yo soy así, al pan... pan!
(Á Luis.) Y usted tambien es muy guapo!
¡nunca ví pareja igual!...
conque dónde está mi amigo?
(Á Luis.) Me quiere usted anunciar?...
- LUIS. Al punto!... mas aquí sale!
(Ap.) (Vaya si el hombre es locuaz!)
- DIEGO. (Saliendo.) Mi buen San Martín!
- MARTIN. ¡Don Diego!
- DIEGO. Venga un abrazo!

MARTIN. (Abrazándose.) Ajajá!

ESCENA VIII.

DICHOS, D. DIEGO.

DIEGO. (Con tierna solemnidad.) Hijos, escuchad aquí
y atended bien lo que digo:
cuando errante y sin abrigo
en tierra extraña me ví,
el amigo que aquí os doy
fué conmigo tan hidalgo,
que á él le debo cuanto valgo,
que á él le debo cuanto soy.
Suya es mi caja y mi hogar,
suyo mi afecto y mi vida;
no hay cosa que á mi me pida
que yo le pueda negar.
Habeis oido?

LUIS. (Con entusiasmo le da la mano.) Y no en vano,
que ser muy su amigo quiero.

MARTIN. Y yo también. (Dándose la con gran gozo.)

ELISA. (Con cariñosa timidez.) Caballero,

¿puedo besarle la mano?

MARTIN. Esto más?... ¡Hombre de Dios!

(Dando la mano á Elisa.)

bese usted!... (Á D. Diego) ¡qué tontería!...

Pues señor, ¡no sé, á fe mía,
cuál es mejor de los dos!

DIEGO. Bien, ya os podeis retirar.

MARTIN. Tan pronto? mucho lo siento!

pero en fin, es un momento
lo que tenemos que hablar.

Acabada la entrevista...

DIEGO. Volverán!

MARTIN. Bueno.

LUIS. (Estrechándole la mano.) Hasta ahora.

MARTIN. Adios! (Ap. mirando á Elisa.)

(Es encantadora!)

ELISA. Caballero! (Haciendo una reverencia.)

MARTIN. (Con tono campechano.) Hasta otra vista!

ESCENA IX.

D. DIEGO, SAN MARTIN.

- DIEGO. (Estrechándole de nuevo.)
Mi bueno de San Martin!
- MARTIN. (Viendo salir á los dos.)
¡Canario! ¡qué linda tropa!
- DIEGO. (Haciéndole sent.r.)
Con que al fin se viene á Europa?
se viene á España por fin?
- MARTIN. Hombre sí, estoy decidido,
realizo allá á toda prisa...
Diablo!... ¿sabe usted que Elisa
es un tesoro escondido?
- DIEGO. Pchis!... (No dando importancia.)
- MARTIN. Una perla! un brillante!...
no tiene rival, de fijo:
¡no dirá al verla mi hijo
que he escogido mal! ¡tunante!...
- DIEGO. Prosigue usted en su intento?
- MARTIN. No he de proseguir, por Cristo?
¿Quién, despues de haberla visto
no la pide en casamiento?
Y mi chico, voto á tal,
tampoco á mi ver es rana;
pero en fin, él es quien gana,
que ella es un ser ideal.
Ya conoce usted al chico,
¿verdad?
- DIEGO. (Suspirando.) Oh, sí!
- MARTIN. Elisa es bella,
mas juzgo que al lado de ella
no estará mal Federico.
Ya verá usted cómo labra
su dicha!... Pone usted ceño?
- DIEGO. (Suspirando.)
Quiá, no; si usted tiene empeño
le cumpliré mi palabra.
- MARTIN. (Sorprendido.)
Eh!... si tengo empeño?

- DIEGO. Justo!
¿qué he de hacer? ¿Será su esposa!
- MARTIN. (Con cierta rudeza.)
Me parece que la cosa
no es plato ya de su gusto.
No baje usted la cabeza
ni se ponga usted mohino;
el pan pan, y el vino vino;
hábleme usted con franqueza.
No le gusta mi muchacho?
Tiene otro novio la niña?
No tema usted que haya riña,
hábleme usted sin empacho.
- DIEGO. No ofenda usted mi amistad,
torturando el pensamiento;
escuche usted un momento,
que va á saber la verdad.
Cuando pactamos allí
casar los chicos un día,
juro á usted que no sentía
lo que ahora pasa por mí.
Y hartó la razón descuella;
vuelto de España al regazo,
temo anudar ese lazo
que ha de separarme de ella.
Tan lejos de ella he vivido,
y la tengo tanto amor,
que va á matarme el dolor
si se va con su marido.
- MARTIN. Eso ya lleva otra ruta,
y es natural, lo confieso;
pero si no es más que eso,
eso es *pecata minuta*.
- DIEGO. Piensa usted algún ardid...
- MARTIN. Eh! qué ardid ni qué demonio;
se realiza el matrimonio
y abro una casa en Madrid.
- DIEGO. (Desconcertado.)
Ya!... con tal resolución...
- MARTIN. Pues claro está!
- DIEGO. (Vacilante.) De ese modo...
- MARTIN. Así se concilia todo.

- ¿Tiene usted otra objecion?
- DIEGO. Ninguna. (Con vaguedad.)
- MARTIN. Entónces espero
que arrie usted todo el trapo:
ya ve usted que el chico...
- DIEGO. (Pensativo y con vaguedad.) Es guapo,
sí señor, muy guapo; pero...
- MARTIN. Calle! ¿hay un pero en campaña?
Pues lárquelo usted, lo exije.
- DIEGO. Es que es tan jóven su hijo...
- MARTIN. ¡Vaya una objecion extraña!
- DIEGO. Á esa edad la casa agobia:
si fuera un hombre de peso...
- MARTIN. Hombre! ¿Y sabe usted si eso
puede agradar á la novia?
- DIEGO. Si á mí me prestase oido
al hablar de su himeneo...
- MARTIN. Pues señor, por lo que veo
está usted arrepentido.
- DIEGO. Yo!...
- MARTIN. Sí, confíeselo usted,
diga usted que atrás se vuelve.
- DIEGO. Eso no; mas si me absuelve
de ello, me hará una merced.
Porque... torno á mi manía;
cuando pienso como ahora
que esa niña encantadora
es mía, tan solo mía;
que no tengo más que hacer
que una cosa muy sencilla;
tocar esa campanilla
para verla á mi placer:
cuando pienso que sin tasa,
que de mi gusto á medida,
puedo embriagarme en su vida,
que es la gloria de mi casa:
cuando pienso que su huella
hoy me trae luz y armonía,
y que casada tendria
al fin que apartarme de ella;
que puede dar al olvido
este amor que hoy es mi encanto,

pues casada es justo y santo
que ame más á su marido:
cuando pienso que despues
tendrá cuidados mayores,
que otros serán sus amores,
que otro será su interés,
confieso á usted, en verdad,
que pierdo el tino y el seso.

MARTIN. Es que pensando usted eso
piensa una barbaridad.
Penetre usted en lo interno
de tanta y tanta objecion,
y dígame en conclusion:
¿pretende usted ser eterno?

DIEGO. Hombre!

MARTIN. (Levantándose.) Diga usted al fin
que ella tiene otro enredijo;
que usted no quiere por hijo
al hijo de San Martin;
que lo pactado en la Habana
es nulo.

DIEGO. (Con calor.) No por mi fe.

MARTIN. Que no? Á saberlo vendré
(Toma el sombrero.)
mañana por la mañana.

DIEGO. Se va usted?

MARTIN. (De mal humor.) Sí, que otro albur
debo jugar, y no quiero
que usted se figure...

DIEGO. (Queriendo detenerle.) Pero...

MARTIN. Volveré mañana.—Abur!—

ESCENA X.

D. DIEGO, solo.

Siempre resuelve *ab-irato*;
tiene un génio de Luzbel!
La verdad es que con él (Contrariado.)
me porto como un ingrato!
Oh! sí; ¡si él tiene razon! (Con calor.)
si tiene á todo derecho!

si es mal hecho lo que he hecho!
si es falsa mi situacion!
si yo al convenio accedí,
cómo rompo yo el convenio?
Oh!... reniego de mi génio,
y del demonio y de mí!

(Se deja caer en una butaca con las manos en la frente.)

ESCENA XI.

D. DIEGO, LUIS.

- LUIS. (Ap. con extrañeza.)
(Aquí mi padre tan solo!
¡Y preocupado!... ¿Qué es esto?...)
¿Qué tiene usted, padre mio?... (Alto.)
- DIEGO. Oh!... Luis!... (Dándole la mano.)
- LUIS. (Alarmado, ap.) (¿Estará enfermo?)
¿Qué tiene usted?
- DIEGO. Un disgusto...
un disgusto grave y serio!...
San Martín...
- LUIS. (Vivamente.) Cómo!... ese hombre
¿le ha faltado á usted?
- DIEGO. No es eso,
no es él quien á mí me falta,
yo soy quien falta y quien debo.
- LUIS. Usted?
- DIEGO. Sí; llama á tu hermana.
- LUIS. Elisa!... (Llamando vivamente á una puerta.)
- DIEGO. (Con gran sentimiento.) Ay, Luis!... la pierdo!
- LUIS. (Alarmado.) ¿Qué dice usted, padre mio?
- DIEGO. Hijo, lo que estás oyendo;
su mano tengo empeñada
y cumplir debo mi empeño.
- LUIS. (Con calma.) ¡Á un hombre que peina canas!
- DIEGO. Tiene un hijo de su tiempo.
- LUIS. (Con más calor.) Y usted, que la quiere tanto,
¿se aviene á dárla?
- DIEGO. Eso siento.
- LUIS. Pues rompa usted!

- DIEGO. ¡Si pudiera!
Si yo encontrara un pretexto decoroso!
- LUIS. (Con calor creciente.) Decoroso?...
si yo encontraré doscientos!...
perder á mi hermana!... nunca!...
dejar este hogar desierto!...
No ver la luz de sus ojos!
No escuchar su dulce acento!...
No vivir donde ella vive!...
Padre!... imposible!...
- DIEGO. (Ap. con asombro.) (Eh? ¡qué fuego!)
¿Verdad que es una desgracia?
¡perderla al mes de haber vuelto!...
- LUIS. (Con energía.) Si digo que es imposible,
si es que yo no lo consiento...
- DIEGO. Cómo? (Más asombrado.)
- LUIS. (Reponiéndose y con ternura.) Usted se moriría!
no es verdad, padre?
- DIEGO. Oh! de cierto.
- LUIS. Pues por eso... Aquí está Elisa;
busquemos con ella un medio...

ESCENA XII.

DICHOS, ELISA.

- ELISA. Qué sucede?
- LUIS. Una desgracia!
(Niéguese usted!) (Ap. y al paso.)
- DIEGO. (Ap. reparando.) Eh! ¿qué veo?
- ELISA. Una desgracia! ¡Dios mio!
- DIEGO. (Ap.) (¿Qué la habrá dicho en secreto?)
- ELISA. Habla, papá, ¿qué sucede?...
- DIEGO. Sucede que... (Trémulo.)
- LUIS. (Vivamente.) Que ha dispuesto
de esa mano!...
- ELISA. (Vivamente.) ¿De la mia?...
Imposible!...
- LUIS. (Con gozo.) ¿Oye usted?
- DIEGO. (Ap.) (¡Cielos!...
el mismo calor...)

- ELISA. (Dolorosamente.) ¡Casarme!...
¡Si yo casarme no puedo!
- DIEGO. No puedes? ¿Amas á alguno?
- ELISA. No señor, á nadie quiero.
- DIEGO. Oh! sé franca con tu padre,
yo respetaré tu afecto,
que siendo tuyo, alma mía,
debe de ser digno y bueno.
Si amas, dilo sin reparo,
que al ménos tendré un pretexto
para romper con justicia
el compromiso que tengo.
Déjame que gane un año,
un año sólo de tiempo
para avenirme á la idea
de perderte!
- ELISA. (Ap.) (¡Dios eterno!)
- (Alto.) ¡Si no amo á nadie!...
- DIEGO. (Con regocijo.) De veras?...
(Con pena.)
Tú sin amor?... No lo creo;
amas á alguno y lo callas
por pudor y por respeto.
- LUIS. ¿Pues no oye usted que lo niega?...
si no ama á nadie!
- DIEGO. (Á Luis, con cariño.) Silencio!...
¿Te ha confiado á tí acaso
lo que pasa por su pecho?
- LUIS. No; pero...
- DIEGO. Entónces no insistas,
déjame hablar, yo me entiendo.
(Á Elisa.)
Aquí tu mamá se acerca;
con las madres no hay misterios;
háblala como á una amiga;
espónla tus sentimientos,
que yo aceptaré con gusto
cuanto llene tus deseos.
(Enternecido.)
¿Puedo hacer más?... Vamos, hijo,
que hablen solas!
- LUIS. (Ap. á Elisa al salir.) (Pronto vuelvo.)

ESCENA XIII.

ELISA, á poco la SEÑORA DE AVIRANETA.

ELISA. (Viéndola entrar se arroja en sus brazos.)
Ay mamá!

SRA. (Alarmada.) Qué palidez!
Habla, ¿qué á llorar te obliga?

ELISA. Déjeme usted que la diga
madre por última vez.

SRA. ¡Cómo!... ¿qué quieres decir?
Qué te sucede? ¿Qué pasa?

ELISA. Que debo huir de esta casa,
que debo al punto partir.
Que es tal hoy mi situación
que apenas es concebible,
y juzgándola imposible
fuerza es darla solución.

Hace un mes que estoy aquí
siendo una mentira viva,
y es por demas afflictiva
tal posición para mí.

Hoy lo que sucede es grave;
don Diego pidé mi mano
para un rico americano,
y en mí otorgarla no cabe.

Tal vez por mi resistencia
llegue á saber lo que ignora;
mas si se muere... ¡Ah señora!
¿quién no teme á su conciencia?

SRA. Cierto!... Yo hubiera querido
prepararlo de otra suerte:
la ausencia es casi la muerte,
la muerte es casi el olvido!
Hoy su desgracia sabría
á habérsela revelado;
pero viviendo engañado,
¿quién se lo dice, hija mía?
Hoy, que vive de tu esencia,
que te ve á cada momento,
que eres aire de su aliento
y parte de su existencia;

- ¿quién, con nueva tan fatal,
se atreve á turbar su calma?
¿No fuera dar á su alma
un golpe rudo y mortal?
- ELISA. Oh Dios mio! ¿y si entre tanto
mi casamiento prepara?
- SRA. Niégate y no irás al ara;
¡el pobre te quiere tanto!
Dile que en su amor se encierra
todo tu amor y tu bien;
dile que quieres tambien
ir á Italia é Inglaterra.
Haz, por Dios, lo que te digo.
No dejes mi casa, ¡ay! no; (Desconsolada.)
ya que el bien contigo entró
que no se marche contigo.
- ELISA. (Con dolorosa resignacion.)
Debo partirme á Paris!...
- SRA. No, por Dios! ¿Por qué?
- ELISA. (Despues de vacilar.) Ah señora!
¿Pues no vé usted que me adora
su hijo de usted, don Luis?
- SRA. (Con dolorosa ternura.)
¿Pues no he de verlo, hija mia,
si le miro padecer?
¡Si he visto su amor crecer
de hora en hora, de dia en dia!
- ELISA. ¿Y puedo vivir aquí
cuando ya su amor no es mudo?
- SRA. (Vivamente.)
¿Y qué importa, si no dudo,
si yo no dudo de tí?
Opónle siempre el desden,
sé á sus ruegos insensible.
- ELISA. Ah señora!... no es posible! (Rompe á llorar.)
¡Si es que le adoro tambien! (Abrazándola.)
Cállelo usted, se lo ruego,
¡que no lo sepa!... ay de mí!...
- SRA. (Besándola en la frente.)
Pobre niña!
- ELISA. Él viene aquí!...
- SRA. (Ap.) (¿Qué hacer?)

(Alto.)

Silencio; don Diego.

ESCENA XIV.

DICHAS, D. DIEGO.

- DIEGO. (Con temor.)
Y bien, ¿supongo que sabes...
que sabes ya la noticia?...
- SRA. Todo lo sé. (Tristemente.)
- DIEGO. ¿Y qué decide?
¿al fin qué resuelve Elisa?
- SRA. No casarse.
- DIEGO. (Suspira.) ¿No casarse?
Y bien!... ¿qué razon la obliga
para negarse?
- SRA. Ama á otro!...
- DIEGO. (Con pena.)
Ama ¡y no me lo decia!...
Está bien!... (Pausa) Cuál es el nombre?
¿Quién es él? ¿De qué familia?
- SRA. No puede decirlo!
- DIEGO. (Sonriendo con malicia.) Entiendo.
Pensáis con esa mentira
obligarme á que me calle
y á que mi empeño rescinda!
¡Una palabra empeñada,
y solemne como mia!...
Imposible!... seré fuerte!...
será preciso que escriba...
Está mi honor de por medio!
será... aunque pierda la vida!
(Se sienta ante un velador, se enjuga la frente y se
prepara á escribir. La Señora se acerca poco á poco.)
- SRA. Mala ocasion he elegido
para darte una noticia.
- DIEGO. Habla!... ¿qué quieres decirme?...
- SRA. Lo diré despues que escribas.
- DIEGO. Dilo ahora; ya te escucho.
(Deja la pluma.)
- SRA. (Dominando su emocion.)
Pues bien; decirte queria

- que Luis piensa en dejarnos.
DIEGO. Cómo? (Mirando á Elisa y á su mujer.)
SRA. Por viajar suspira.
DIEGO. (Después de un momento.)
Y á dónde pretende?...
SRA. Á Italia!
¡Como tiene humos de artista!
DIEGO. Y hasta hoy no se ha acordado?...
SRA. Tanto afligirte temia...
DIEGO. (Volviendo á escribir.)
Bien, que parta cuando guste,
ahora dejadme que escriba.

ESCENA XV.

DICHOS, LUIS.

- LUIS. (Ap. á su madre y á Elisa.)
(Á quién escribe mi padre?)
ELISA. (Ap. con una mirada de dolor.)
(Ay Luis!..)
SRA. (Abismada de dolor.) ¿No lo adivinas?
LUIS. ¿Puedo saber, padre mio,
para quién es esa epístola?
DIEGO. Es para aquel á quien debo
caudal, gratitud y vida.
LUIS. (Con angustia.)
Y le dice usted...
DIEGO. (Escribiendo.) Que venga
cuando guste por mi hija!
LUIS. Padre!... (Vivamente.)
SRA. (Deteniéndole.) Luis!...
ELISA. (Bajo, en actitud suplicante.) (Ah! señora?
¿ve usted lo que yo decia!)
SRA. (Callad... va á saberlo todo,
ya es preciso que lo diga!)
LUIS. (Ap.) (Madre!..)
SRA. (Á Luis.) Basta de zozobras,
que sepa al fin la noticia.)
(Alto.) Diego!...
DIEGO. Qué quieres?
SRA. (Con solemnidad.) Atiende.

- Antes de poner tu firma...
DIEGO. (Acudiendo.)
Qué ocurre que estás temblando?...
(Suena un campanillazo.)
LUIS. Silencio; esa campanilla...

ESCENA XVI.

DICHOS, PASCUAL.

- PASC. Don Pedro de San Martín.
DIEGO. Tan pronto!... ¿qué querrá ahora?
que pase!...
LUIS. (Ap. á su madre.) (Madre!...)
ELISA. (Ap. á la Señora.) (Señora!...)
SRA. (Ap.) (Esperemos hasta el fin.)

ESCENA XVII.

DICHOS, SAN MARTÍN.

- MARTÍN. Hola!... reunión de familia!...
(Á Elisa.)
¿Esta señora es mamá? (La saluda.)
Servidor!... (Ella se inclina.)
DIEGO. De vuelta ya?
MARTÍN. Y ahora todo se concilia.
Traigo una noticia buena
que en esta carta he encontrado:
ahora mismo me la ha dado
mi buen Miquel y Torena.
Ya sabe!... el corresponsal
que tengo aquí! honrado y rico.
Pues señor!... mi Federico
es un solemne animal.
DIEGO. Eh?
ELISA. (Á Luis.) (¿Qué dice?) (Atencion en todos.)
MARTÍN. Enamorado
como un tunante de playa,
se ha pasado de la raya
y se ha casado! (Movimiento de gozo.)
DIEGO. (Alegremente.) ¡Casado!...
MARTÍN. Conque estamos libres de eso
ya descartado mi hijo;

pero como usted me dijo
lo de un marido de peso...
Yo!... pues!... acorto razones
y hago postura á la viña.
Conque deme usted la niña

(Movimiento de asombro en D. Diego, y de dolor en
Elisa y Luis.)

y la doto en seis millones.

Aun no soy un carcamal

ni tengo mal parecer.

Ea!... vamos ahora á ver
si usted es hombre formal.

¿Se acepta?

ELISA. (Ap. á la Señora.) (Dios soberano!...

SRA. (Á Elisa.)

• Él nos brinda esta salida.

Acepta.)

DIEGO. Que ella decida.

LUIS. (Sin poderse contener, á Elisa.)

Va usted á darle la mano?...

ELISA. Oh!... (Casi desvanecida.)

DIEGO. (Con asombro.) ¿Por qué nó? Si señor.

Yo á su afecto la confío!...

MARTIN. Bravo!..

LUIS. (Desesperado.) Mi Elisa!...

SRA. (Conteniéndole.) Hijo mio!...

DIEGO. (Ap.) (¿Qué me indica este dolor?)

LUIS. (Ap. á Elisa.)

(Su esposa!...

ELISA. (Á Luis.) Jamás!... jamás!..

SRA. (Reprimiendo á Elisa.)

Elisa!

DIEGO. (Con espanto mirando á unos y otros.)

Me vuelvo loco!...

¡Pensé que se amaban poco

y es que se quieren de más!...

(Se apoyan en San Martín, dejándose caer en una bu-

taca, mientras los tres forman un grupo al otro lado,

expresando cada cual el sentimiento que los domina.

Cae el telon.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

La misma decoracion.

ESCENA PRIMERA.

ELISA, PASCUAL.

- ELISA. Has entregado mi carta?...
- PASC. Si, señorita, ya está,
se la di en su mano propia
y la leyó hasta el final.
- ELISA. Y qué dijo?
- PASC. Pues me dijo...
«Voy á acabar de almorzar,
»y en el momento que acabe
»diga usted que voy allá.»
- ELISA. Gracias, Pascual; te suplico...
- PASC. No diga usted nada más,
avisaré en cuanto llegue.
- ELISA. Y que no sepa papá...
- PASC. ¿Qué ha de saber?
- ELISA. Ni ninguno.
- PASC. Vamos, ¿quiere usted callar?...
- ELISA. Pues no sé yo lo que importa
hacer la cosa cabal?...
- (Con cierto embarazo.)
Yo confieso que al principio...

y aun hoy mismo... la verdad,
pensé que usted y Luisito...
en fin... yo no sé explicar...
porque lo que yo decía...
¡Esto es una atrocidad!...
Por más que el amo sea ciego,
¿cómo se van á arreglar
para que al cabo no advierta
que ese amor no es fraternal?
Eh?...

ELISA.

PASC.

Mas esto es otra cosa,
y esto es fácil de tragar:
usted se casa con otro,
se va á América, y allá,
el amo seguirá viendo
en usted...

ELISA.

PASC.

(Interrumpiendo.) Basta, Pascual.
Confieso que he sido un bruto,
y un malicioso, y un aso...
Es decir... ¡un asno!... claro!
¿por qué no la he de soltar?...
Tenia yo una ojeriza
contra usted!... mas lo que es ya!...

ELISA.

PASC.

(Ap.) ¡Ahora comprendo la inquina
de este solemne animal! ..)

Pero aquí viene mi amo!
¡Hoy tiene un gesto de agraz!

ELISA.

PASC.

Oh! no quiero que me vea!
Pascual... (Suplicante.)

No diga usted más.
En cuanto venga la aviso.

ELISA.

PASC.

Por Dios!
Puede usted fiar.

ESCENA II.

PASCUAL.

La verdad es que la chica
es más fina que un coral!
¡Cuidado si le ha valido!
hacer el papel de la...

pasa por hija del amo;
cuanto le gusta, la dan;
todos se miran en ella
lo mismo que en un cristal;
hoy la pide un millonario,
se casa con él: se va,
y luego... ¡vaya usted luego
á averiguar la verdad!
Hombre! ¡si á mí me saliera
una conveniencia igual!
¡Quién me diera á mi otro muerto
á quien poder reemplazar!

ESCENA III.

DIEGO, PASCUAL.

- DIEGO. (Vivamente preocupado.)
Á ver, venga mi sombrero,
dame el baston...
- PASC. (Dándoselos.) Ahí están.
- DIEGO. (Ap.) (Es preciso que esto acabe!
poner por medio la mar!...
de Alicante sale el lunes
el vapor que á Niza va.
Que vaya á Niza si quiere,
á Roma, al Rhin, á Asterdam,
que corra el mundo...)
- PASC. (Ap.) (¿Habla solo?...
malo!... es muy mala señal!)
- DIEGO. Oye... si viene tu ama...
- PASC. Sí, ya no puede tardar,
que ya han tocado á otra misa
en San Ginés.
- DIEGO. Bien está.
- PASC. Dila, pues, que vuelvo pronto.
- DIEGO. Corriente.
- PASC. No digas más.
- DIEGO. No, no es fácil...
- DIEGO. (Bruscamente.) Hasta luego!...
(Ap. saliendo.)
(Hoy mismo se ha de marchar!)

ESCENA IV.

PASCUAL solo.

El pobre viejò... por mucho
que quiera disimular!...
Siente perder á la chica,
y anda de aquí para allá
queriendo ocultar el pobre
su dolor y su pesar.

(Pensativo)

Hombre!... si yo me atreviera
á decirle la verdad!...
que esa chica no es su hija,
y que no le debe dar
nadá el perderla!... de fijo,
le daba un susto... ¡que ya!...
¡Qué bárbaro soy á veces!...
Jesus!... ¡qué barbaridad!

ESCENA V.

PASCUAL, SAN MARTIN.

MARTIN. Hola!... Dí á la señorita
que ya estoy yo por acá.

PASC. (Ap.) (El novio!...) (Alto.) Voy al momento.
(Vase.)

MARTIN. Tengo más curiosidad!
(Saca una carta.)

ESCENA VI.

SAN MARTIN lee.

«Una entrevista es precisa
entre los dos, caballero:
este es el favor primero
que de usted espera... Elisa.»

(Hablando.)

Breve y claro!... ¡Bien está!

Lo que es carta más sucinta!
¡No ha costado mucha tinta!
¿qué diablos ocurrirá?

ESCENA VII.

ELISA, SAN MARTIN.

- ELISA. Antes de todo, señor,
perdone usted si reclamo
su indulgencia.
- MARTIN. (Ap.) (¡Jum!... me escamo!)
(Alto.) ¿Á qué debo el alto honor...
- ELISA. ¡Tengo tanto que decir!
Siéntese usted.
- MARTIN. (Se sienta.) Bien, ya escucho.
- ELISA. Oh! Gracias! (Se sienta tambien.)
- MARTIN. Y hable usted mucho,
que no es cansado el oír.
Al contrario, de placer
me servirá estar al lado
del ángel iddolatrado
que debe ser mi mujer.
- ELISA. De eso ya hablaremos luego.
- MARTIN. Corriente, vamos al grano.
- ELISA. Respóndame usted; mi mano,
para quién pidió á don Diego?
- MARTIN. Para un hijo, sin aviso,
que Dios ó el diablo me dió.
- ELISA. ¿Luego si el hijo faltó,
terminó su compromiso?
¿no es esto?...
- MARTIN. Justo y cabal.
¿qué me indica usted con eso?
- ELISA. Que si el pacto aquel fué expreso...
- MARTIN. Pacto solemne y formal!
- ELISA. No es justo que se le exija
á él palabra que no dió!
- MARTIN. ¿Qué importa, si amo á usted yo?
- ELISA. Es que yo no soy su hija!...
- MARTIN. (Asombrado.) Eh! qué?...
- ELISA. Digo la verdad.
- MANTIN. ¡Que usted no es su hija!

ELISA.

Cierto.

MARTIN. Pues qué ha sido de ella?

ELISA.

Ha muerto!...

¡Descansa en la eternidad!

MARTIN. Canario!... (Con el mayor asombro.)

ELISA.

Ya ha más de un mes

que á Dios remontó su vuelo!

MAATIN. Entónces... (Ap.) (Válgame el cielo!)

Señorita, usted, ¿quién es?

ELISA.

Soy su imágen, su apariencia;
su sombra!...

MARTIN.

¿Un remedo?

ELISA.

Oh! Sí,

para tal me trajo aquí
el hado ó la Providencia.
No es ocasion de explicar
el resorte con que el hado

sujetándome á su lado
me hizo su pena escudar.

Ni es tampoco la ocasion
de explicar, por vida mia,

por qué dura todavía
tan extraña situacion.

Lo que era fuerza decir,
dado ese caso violento,

es lo que en este momento
usted acaba de oír.

Y este secreto aclarado,
callo, y á su honor lo fio:

usted hará, señor mio,
lo que cumple á un hombre honrado.

Yo he llenado aquí un deber
de conciencia en esta hora.

(Insinuante.)

Ahora usted... usted ahora
sabrás lo que deba hacer.

MARTIN.

Cabal, y breve y concisa
será mi contestacion.

¿Es acaso indiscrecion
pedirla su nombre?

ELISA.

Elisa!

MARTIN.

¿Se llama Elisa también?

- ELISA. Sí, y Arana es mi apellido.
MARTIN. ¡Elisa!... ¡Así habrá podido
hacer su papel más bien!
¿Y usted tiene padre, hermana,
madre, pariente...
ELISA. Soy sola.
MARTIN. (Ap.) (Carambita, carambola!
Esta sí que es viña y sana!...)
(Alto con pena.)
Sola y pobre!... qué dolor!
¡Pobre niña!
ELISA. (Resignada.) Dios lo ha hecho!
MARTIN. (Ap.) (Si fuera libre su pecho!)
(Alto.) Y ama usted?
ELISA. (Vacilante y con pena.) Yo? ¿á quién, señor?
MARTIN. (Resuelto.)
No?... Pues Elisa de Arana,
escúcheme usted muy bien.
Ni soy un Matusalen,
ni estoy desnudo en la Habana.
Admiro sus perfecciones
y la juzgo virtuosa.
Conque... ¿quiere ser mi esposa
y la doto en seis millones?
ELISA. (Sorprendida.) Caballero!
MARTIN. Así soy yo,
nada de ambajes aquí;
claro y pronto, venga el *si*,
que me gusta más que el *no*.
Mas si usted no quiere ser
mi bien, mi amor, mi embeleso,
no vacile usted; por eso
tampoco me he de ofender.
Que lo sentiré, es verdad,
que me gusta, no lo niego;
mas no soy tan rudo y ciego
que exija una atrocidad.
Usted vale más que yo
y que todo mi caudal;
¿por qué he de llevar á mal
que usted me diga que no?
Usted es una amapola;

yo doy un susto á un espejo,
usted jóven, yo, ya viejo,
con medio siglo á la cola.
¿Puedo inspirarla yo amor?
no señor, ni á tanto aspiro:
mas como sola la miro
y es pobre ademas...

ELISA. ¡Señor!

MARTIN. Yo me he dicho... pues amen!
«¡hacerla dichosa quiero!
¿Para qué sirve el dinero
si no sirve para el bien?»

ELISA. Oh!... yo no puedo aceptar...

MARTIN. Ademas... siento... y me inquieta,
que el pobre de Aviraneta
se llegue á desengañar.

ELISA. Dios mio!

MARTIN. La cosa es lisa,
yo le conozco, y la advierto,
que mi pobre amigo es muerto
si sabe que es muerta Elisa.
¿Quién podrá ser tan cruel
que le arranque del magín?...
¡Sea usted buena hasta el fin!
¡Termine usted su papel!
Será en mí el secreto eterno:
conque el bien ó el mal elija:
si usted se da por su hija,
yo me daré por su yerno.

ELISA. Alma noble! (Llora cubriéndose el rostro.)

MARTIN. (Levanrándose.) Usted ahora
permitirá...

ELISA. ¿Qué hago yo?

MARTIN. Nada; por el sí ó el no
vendré dentro de una hora.
Si el sí, todo el mundo gana;
conque piénselo usted bien,
y el cura nos dice amen,
y en paz, y á Cádiz mañana!...

ELISA. (Ap. desesperada.)
(¿Cómo romper esta red?...)
Espere usted un instante...

MARTIN. ¿Á qué? Ya he dicho bastante.
Estoy á los piés de usted.

ESCENA VIII.

ELISA, sola.

Dios mio!... Y yo que creía
que era posible obligarle
á desistir de su empeño
diciendo esta sola frase:
«¡no soy su hija!»

ESCENA IX.

ELISA, LUIS, entrando.

LUIS. (Con viva curiosidad.) Ha partido!
Le he visto cruzar la calle.

ELISA. Ah!... Luis!...

LUIS. Y bien, ¿qué ha dicho?
¿Sabe el secreto?

ELISA. Lo sabe!

LUIS. ¿Sabe que ha muerto mi hermana?

ELISA. Nada ignora.

LUIS. Y bien ¿qué hace?...
va á retirar su exigencia?
va á escribírselo á mi padre?

ELISA. No señor.

LUIS. (Con asombro.) ¿Qué!... no desiste?

ELISA. Cuanto he dicho ha sido en balde;
huérfana y pobre me quiere...

LUIS. Y qué?... Persiste en casarse?

ELISA. Persiste.

LUIS. (Con despecho.) ¡Dios me contenga!...
¿No le hizo usted un desaire?
¿Por qué no lo echó de casa
al proponerla ese enlace?...

ELISA. No es acreedor ese hombre
á que así se le maltrate.

LUIS. (Celoso.)
Entiendo!... Es hombre muy rico...

ELISA. Ah Luis!... (Con dignidad.) Eso es faltarme!...
¿Merezco yo, por ventura,
que me haga usted tal ultraje?...

LUIS. Tiene usted razon, Elisa!
mas tengo celos del aire,
y quisiera que en el mundo
no gustase usted á nadie.
Pero, en fin, usted ¿qué ha dicho?

ELISA. Se marchó sin escucharme;
mas vendrá dentro de poco
por mi respuesta.

LUIS. (Vivamente y con pasion.) Esa es fácil!
Diga usted que ama á otro hombre;
diga usted que soy su amante,
que la adoro, que pretendo
llevarla ante los altares;
que usted me ha jurado afecto,
que es mia su alma de ángel,
que...

ELISA. (Interrumpiendo.) Luis, ¿está usted loco?
¿contestar razones tales!...
Que yo amo á usted! ¿Cuándo, dónde,
en qué lugar, en qué parte,
mis labios le han revelado
afirmaciones tan graves?
¿Que yo diga una impostura!
¿me juzga tan miserable
que quiere que indignamente
me conduzca en este trance?...

LUIS. Oh!... ¿sé yo lo que la exijo?...
¿Perdóneme usted si infame
la he ofendido!... La amo tanto!...
Si usted viera cómo late
este corazon doliente
que llora gotas de sangre!...
¿Va usted á aceptar su mano?

ELISA. No señor... voy á marcharme;
á huir de aquí!...

LUIS. (Temblando.) ¿Adónde?

ELISA. Lejos!...

no sé!... cruzaré los mares! ..
iré... (Rompe á llorar.) ¿Mas lo sé yo misma?

¿lo sé yo?—¿Dónde va el ave
que no tiene nido?

LUIS.

Oh!... Elisa,

no; yo seré el que se marche.

Mi pobre vida ¿qué importa?

¿No hay otro más respetable?

yo seré, Elisa, el que sólo,

lejos de aquí, triste, errante,

iré por el ancho mundo

devorando mis pesares.

ELISA.

Usted solo!...

LUIS.

(Con pena profunda.) No iré solo:

delante, siempre delante,

llevaré un santo recuerdo;

llevaré una dulce imágen!...

Por cuánto tiempo?... lo ignoro!...

Dios querrá que pronto acabe!...

ELISA.

Ay Luis! (Sollozando.)

LUIS.

(Con penosa tristeza.) Si acaso un día;

si al declinar de una tarde;

si en esa solemne hora,

hora de tristes celajes,

en que las flores se cierran,

en que no cantan las aves,

escucha usted un gemido

vago, triste, interminable,

como el eco de un acento

que se pierde por los aires,

rece usted!... será mi alma

que, habiendo roto su cárcel,

antes de volar al cielo

vendrá á besar su semblante

y á decirle: «Allá te aguardo,

amor de mi amor, no tardes.»

ELISA.

Oh!... no más!... (Sollozando.)

LUIS.

Pero entre tanto

¿será usted inexorable?

¿no escucharé de esos labios

una palabra, una frase,

que me sirva de consuelo

en tan penoso viaje?

Sepa yo que usted me ama,

aunque la pena me mate.
¿Qué me importa? Si la vida
me está siendo insoportable!...

ELISA. Luis!

LUIS. (De rodillas.) Deme usted su mano;
deje usted que en ella estampe
el beso de despedida
que da á la vida un cadáver.

ELISA. Por Dios, Luis!... Oh!... qué mírol!...

(Aparece D. Diego.)

Alce usted!...

LUIS. (Levantándose aterrado.) Cielos!... mi padre!

(Una pausa, durante la cual D. Diego domina su sorpresa.)

ESCENA X.

DICHOS, D. DIEGO.

DIEGO. (Con severa extrañeza.)

Tú á las plantas de tu hermana!
¡Es extraña cortesía!...
¿Qué era ello?

LUIS.

La pedia

que no se fuese á la Habana!
Y es que pienso con razon
(tengo al ménos tal creencia),
que á usted causará su ausencia
una mortal sensacion.
¿Me engaño, padre?

DIEGO.

(Conteniéndose.) No tal;
sentiré su despedida.

Mas ¿quién sabe en esta vida
dónde está el bien, dónde el mal?...
Acaso su buena estrella
su dicha asegura allí...

LUIS.

Cómo!... Usted cree... (Vivamente.)

DIEGO.

Sal de aquí,
déjame solo con ella.

LUIS.

(Desesperado.)
La va usted á aconsejar
que deje el paterno abrigo?

DIEGO. Sal, Luis!... (Luis vacila.)
¡Que salgas, digo!...
(Con gravedad.)
¿Debo volverlo á mandar?
(Luis sale vacilante y aterrado.)

ESCENA XI.

D. DIEGO, ELISA.

ELISA. (Ap., asustada y temblorosa.)
(Dios mio!...)

DIEGO. Escúchame, Elisa,
y mírame cara á cara,
que lo que voy á decirte
debes grabarlo en tu alma.
Á San Martín he encontrado
á las puertas de esta casa,
y ha dicho que muy en breve
vendrá por una palabra.

ELISA. Padre! (Llorando.)

DIEGO. Adivino tu pena,
pues sé de lo que se trata.

ELISA. Entónces... (Desconcertada.)

DIEGO. (Interrumpiendo.) No, no prosigas;
espera. (Suspirando.) Elisa, ¿me amas?
¿Amas, Elisa, á tu padre
cual tu padre te idolatra?

ELISA. (Con pasión.)

Oh!... sí!... Con toda mi vida!
¿puede usted dudarle?

DIEGO. (Limpiándose los ojos.) Basta,
nunca dudé de ese afecto;
yo tal respuesta aguardaba.
Sí; yo sé que si te exijo
una prueba de importancia...

ELISA. Disponga usted de mi vida!
¿Puedo hacer más?

DIEGO. (Enternecido.) ¡Prenda amada!...
Escúchame: si ese hombre
que tu cariño demanda
no te inspira, como creo,

una viva repugnancia;
si, por más que no le ames,
tienes voluntad sobrada
para ligarte á su vida,
para partir á la Habana
con él... ¿te irás, ángel mío?

ELISA. Padre!... (Cayendo en sus brazos.)

DIEGO. (Solemnemente.) Es fuerza que te vayas!

ELISA. ¡Dejar á usted!... (Sollozando.)

DIEGO. (Dominando su dolor.) Sí, hija mía;

es una horrible desgracia;
¡no verte más!... ¡no escucharte!
¡y en esta edad avanzada!...

Pero ¿qué quieres?... La vida

es así!... La dicha pasa

á lo mejor! ¿Quién realiza

en la vida una esperanza?

El hombre vive soñando,

vive forjando fantasmas

que á lo mejor se disipan

y se vuelven humo y nada.

Yo soñé vivir contigo

lo que de vida me falta;

pero San Martín te quiere,

y es justo que con él partas.

Al darte mi adios postrero

tú recogerás mis lágrimas;

mas, despues que hayas partido,

hija, ¿quién vendrá á enjugarlas?

Ay padre!

ELISA.

DIEGO.

Tú me comprendes,

¿no es cierto?... Sí, tú que casta

te avergüenzas de un cariño

que aun no revelado mancha;

¿no es verdad que serás fuerte

para partir?

ELISA. (Ap.) (Dios me valga!)

DIEGO. San Martín será tu esposo.

ELISA. Padre!...

DIEGO. Si partir te manda,

partirás con él!

ELISA.

Dios mío!...

DIEGO. Así te salva y nos salva.
(Con intencion.)
Nos salva, Elisa. ¿Comprendes?
Cerca de tí se levanta
un amor que miedo inspira,
que da horror! que espanto causa!...
Fuerza es partir!... No te aflijas!...
Contigo se irá mi alma,
contigo se irá; y si un dia
siento mi muerte cercana,
iré mi postrer suspiro
á exhalar donde tú vayas.
Me has comprendido?

ELISA. Sí, padre.

DIEGO. Pues bien; dame tu palabra
de partir!...

ELISA. (Sollozando.) Padre!... Oh Dios mio!
¡que tu voluntad se haga!

DIEGO. Abrázame!... Vete ahora! ..
vete!... las fuerzas me faltan!...

ELISA. (Ap.) (Pobre Luis!) (Sale.)

DIEGO. (Viéndola ir.) Pobre hija!...
¡pobre amor de mis entrañas!...

ESCENA XII.

D. DIEGO, solo, mirando al cielo.

Señor! .. ¿qué es esto, Señor?
¿qué angustia es esta que toco?
¡Si es para volverme loco
de vergüenza y de dolor!...

ESCENA XIII.

D. DIEGO, LUIS.

LUIS. Padre!... ¿qué es lo que aquí pasa
que Elisa llorando va?...

DIEGO. ¡Qué pasa!... ¡Pues claro está!...

- ¿No adivinas que se casa?
- LUIS. ¿Elisa? (Con espanto.)
- DIEGO. Con San Martín,
¿por qué te causa ese espanto?
- LUIS. Como usted la quiere tanto!
- DIEGO. Sí, mas al cabo y al fin,
como ello tiene que ser,
es igual hoy que mañana.
- LUIS. Es que mi hermana...
- DIEGO. (Con intencion.) Es tu hermana;
¿y eso qué tiene que ver?
- LUIS. (Con pasion.)
¿Es que es la luz, la alegría,
el encanto de este hogar!...
- DIEGO. (Con pena.)
Sí, ya sé que esto es cegar,
cegar á la luz del día.
Mas, qué quieres? por sensible
que su partida me sea,
ya me iré haciendo á la idea
de perderla!
- LUIS. (Con gran calor.) No, imposible;
usted no lo quiere, no.
- DIEGO. No dejará su retrato?
- LUIS. Pero!... (Exaltado.)
- DIEGO. (Conteniendo su ira.) Silencio, insensato;
¿crees quererla más que yo?
- LUIS. (Fuera de sí.)
No sé: cuando considero
que es usted el que así apura...
- DIEGO. Prosigue. (Anhelante.)
- LUIS. Se me figura
que soy yo el que más la quiero.
- DIEGO. Infame! (Cogiéndole de un brazo.)
- LUIS. (Espantado.) Padre! ¡Tal mengua!
Infame yo!
- DIEGO. (Amenazador) Infame, sí.
¿Cómo no has entrado en tí
antes de mover la lengua?
¿Cómo en tu loca pasion,
ciega, satánica, impía,
no has visto que yo leía

- en tu impuro corazón?
Padre!...
- LUIS.
DIEGO. Corazón de hiel,
vaso vil de un vil deseo,
¿crees acaso que no veo
el cieno que hierva en él?
¿Y aún te atreves á decir
que la quieres más que yo,
cuando por tu causa?...
- LUIS. (Interrumpiéndole.) Oh!... no,
soy yo quien debo partir!...
- DIEGO. Y aún confesas tu maldad
sin rubor en las mejillas?...
- LLIS. Padre, aquí estoy de rodillas,
tenga usted de mi piedad.
- DIEGO. ¡Horror! (Cubriéndose el rostro.)
- LUIS. Yo haré que mi huella
borre el extenso océano;
deme usted su santa mano,
y parto: soy digno de ella.
- DIEGO. Oh! jamás!...
- LUIS. ¡Por compasión!
No ve que á partir me ofrezco?
Yo juro á usted que merezco
su mano y su bendición.
- DIEGO. Nunca: apártate de mí,
¡si me horroriza tu vista!
- LUIS. (Viendo entrar á su madre.)
Madre!... (Levantándose y abrazándola.)
- SRA. (Entrando: ap.)
(¡Que el cielo me asista!)
¿Qué es esto? ¿qué pasa aquí?

ESCENA XIV.

DICHOS, la SEÑORA DE AVIRANETA.

- DIEGO. Oh!... no le abracés!
- SRA. (Espantada.) Por qué?
Por qué riñes?
- DIEGO. (Vacilante.) Por qué riño?...

- SRA. Habla, sí...
- DIEGO. (Con energía.) ¿Qué fué del niño
que al partirme te dejé?
Alma pura y celestial
era entónces!
- SRA. ¿Qué es ahora?
- DIEGO. ¿Qué será, si á Elisa adora
con afecto criminal?
- SRA. Jesus!... qué horrible creencia!...
Diego! ¿quién te la ha inspirado?...
Ah! ya sé: yo que he callado
por respeto á tu existencia.
Desdichada precaucion
que hace á una madre este agravio,
y que hasta mancha tu labio
con tan torpe acusacion.
- LUIS. (Calmándola.)
Oh!... qué va usted á hacer?
- SRA. (Con dolorosa energía.) Á hablar,
á hablar, á decirlo todo,
no quiero que de tal modo
de tí se llegue á dudar.
- DIEGO. Dudar de infamia tan cierta!
Dudar de tan torpe amor?...
¿No hubiera sido mejor
hallar á mi Elisa muerta?
- SRA. Qué dices? (Con cierta ansiedad.)
- DIEGO. (Desesperado.) Menos dis gusto
sintiera, á fe de mi nombre!

ESCENA XV.

DICHOS, SAN MARTIN, entrando.

- MARTIN. ¡Hola!
- LUIS. (Entrando.) Él...
- MARTIN. Ahí está un hombre
que viene á entregar un busto.

ESCENA XVI.

DICHOS, PASCUAL.

- DIEGO. Un busto?
LUIS. (Adivinando.) Ah!...
PASC. (Aturdido.) Señor!... (Ap.) ¡Canario!
¡aquí el amo!... ¡En qué ocasión!
LUIS. ¿Qué hay, Pascual?...
PASC. Que de rondon
se ha entrado el Estatuario.
SRA. Nunca pudo esta visita
á mejor tiempo llegar.
DIEGO. ¿Puedo saber?...
SRA. Hazlo entrar
y llama á la señorita.
(Sale Pascual.)

ESCENA XVII.

DICHOS, menos PASCUAL.

- LUIS. Madre! (Queriendo impedir que hable.)
DIEGO. ¿Qué es ello?
SRA. Despierta,
Diego, á una horrible verdad;
fíjate en la realidad,
que va á entrar por esa puerta.
DIEGO. ¡Vaya un misterio! ¿Qué encubre
que á tal temor te sujeta?

ESCENA XVIII.

DICHOS, el ESTATUARIO por el fondo, con un busto en la mano: ELISA y PASCUAL por la izquierda.

- SRA. Mira!...
(Señalando el busto que el Estatuario le presenta.)
DIEGO. (Leyendo en el pedestal.) «Elisa Aviraneta,

muerta el catorce de Octubre.»

¡Jesus!

(Vacilante y llevándose las manos á la frente, todos acuden á sostenerle.)

LUIS.

Ah!...

SRA.

Diego...

ELISA.

Señor!...

ESTAT.

Qué es esto?

LUIS.

Padre!...

ESTAT.

(Ap.)

(¿Qué oí?...)

¡Horror!... ¡Siempre en pos de mí el fantasma del dolor!...)

SRA.

Resignacion!

LUIS.

Valor!...

ESTAT.

Fe,

fe cristiana, fe sincera:

está en el cielo, allí espera!

¡Ella desde allí nos ve!

DIEGO.

¡Muerta!...

SRA.

(Llorando.) Sí, temple tu duelo.

DIEGO.

¿Vives?... ¿quién fuerzas te dió?

SRA.

Ella!... Tú!... Dios que envió

á otra Elisa desde el cielo!

Te fascinó su apariencia

al encontrarla en tu hogar,

y ella prefirió callar

á asesinar tu creencia.

¡Eso es todo!

DIEGO.

(Desesperado.) Moriré...

SRA.

Diego, respeta la mano

de Dios!...

DIEGO.

(Abrazando á su esposa.)

Ah!... sí: soy cristiano.

SRA.

¿No espero yo? (Desconsolada.)

DIEGO.

(Con profundo dolor y resignado.) Esperaré...

MARTIN.

Pues bien, basta de querella,

cáselos usted, que es justo.

DIEGO.

Hijos, al pie de ese busto

conmigo orareis por ella.

Perdonad mi indignacion:

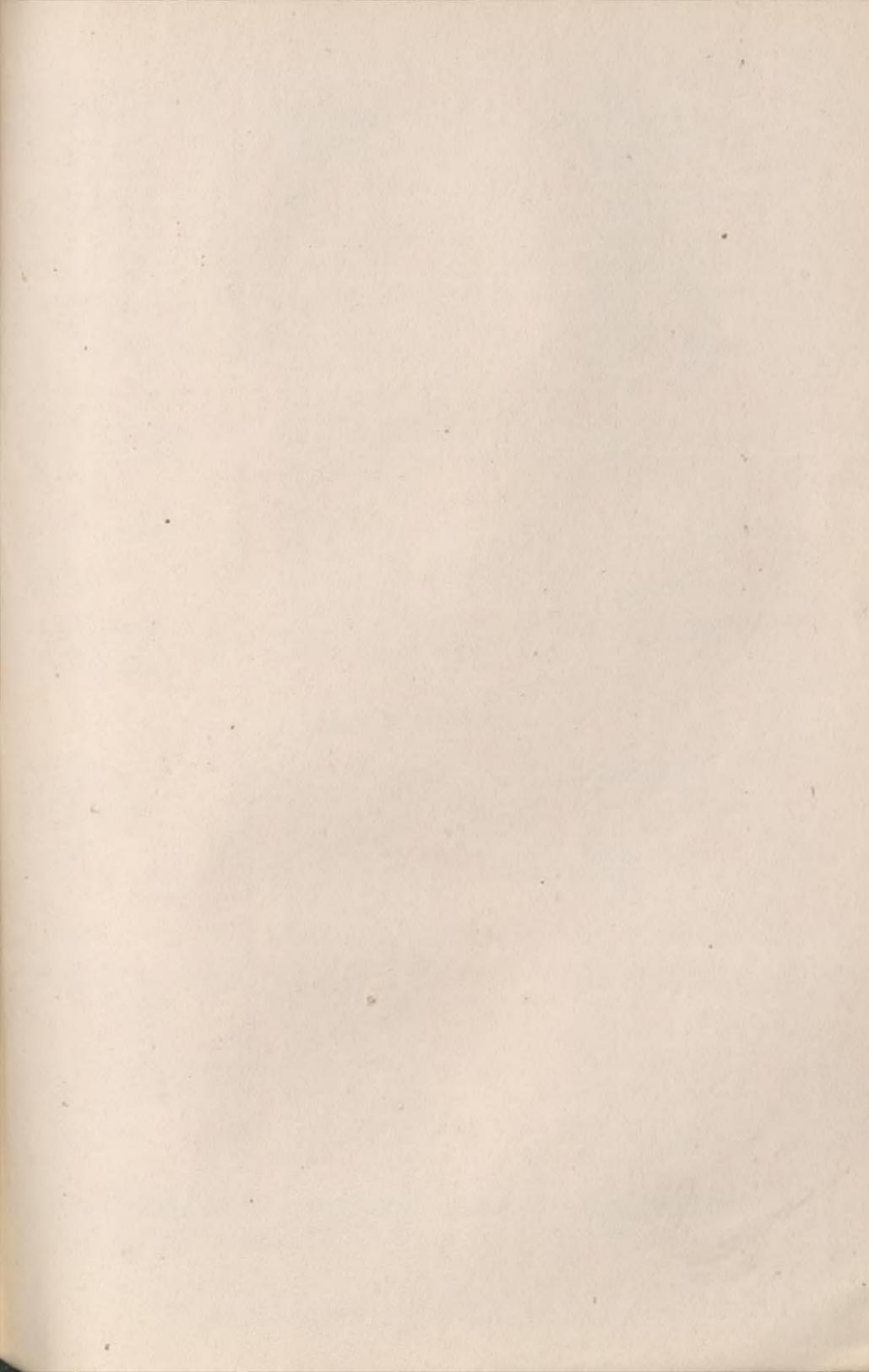
¡sed felices!...

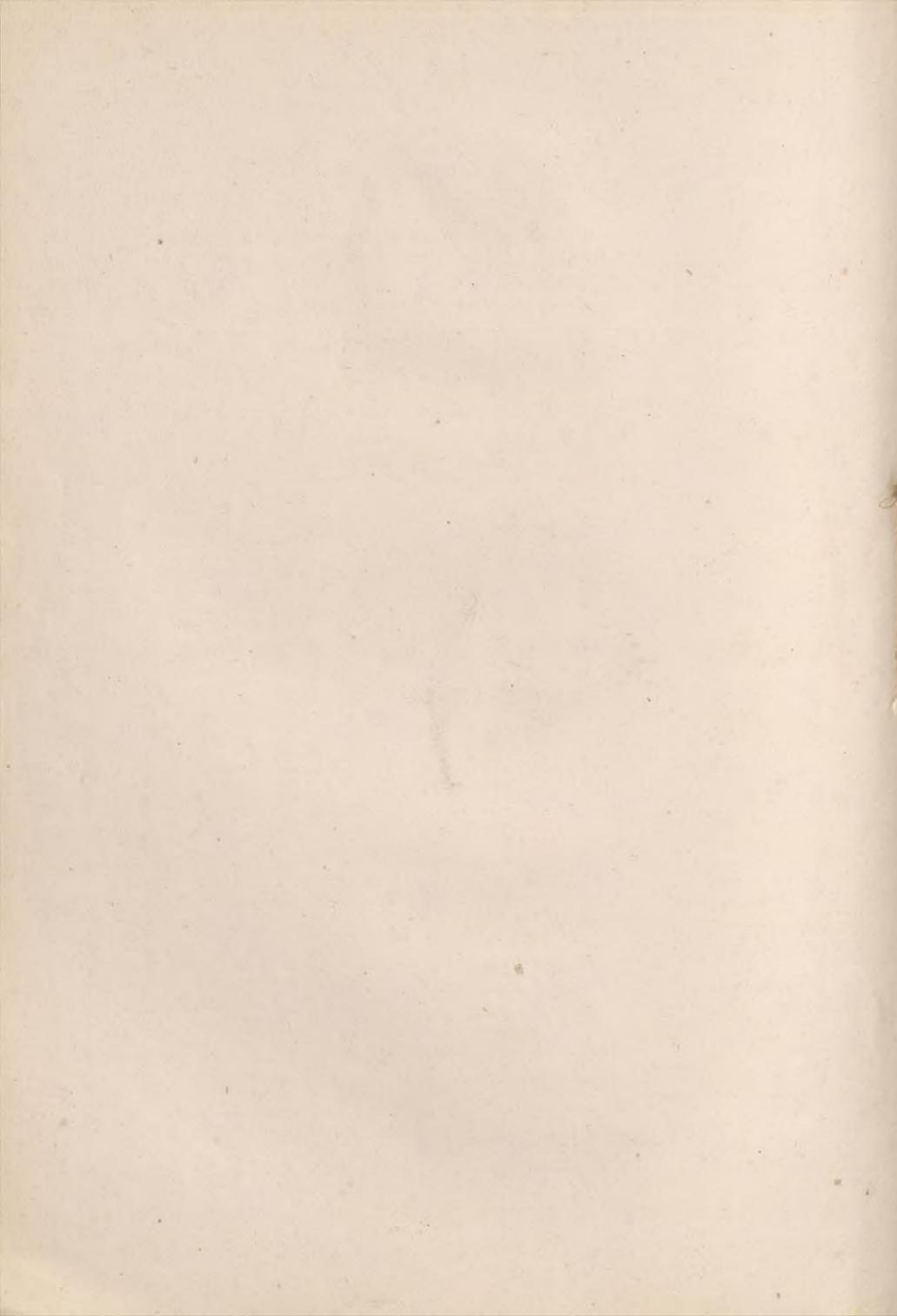
PASC.

(Alegre.) No más lios!...

SRA. De rodillas, hijos míos.
DIEGO. Sí; yo os doy mi bendición.
ESTAT. La fe curará esa herida,
pues ella al cabo me advierte,
que del seno de la muerte
renace eterna la vida.
Y es que Dios, sol de verdad,
es vida que no se agota;
por eso en las tumbas brota
la luz de la eternidad.

FIN.





La segunda cienicienta.
 La peor cuna.
 La choza del almadrano.
 Los patriotas.
 Los lazos del vicio.
 Los molinos de viento.
 La agenda de Carrelargo.
 La cruz de oro.
 La caja del regimiento.
 Las sisas de mi mujer.
 ¡Tienen hijos.
 Las dos madres.
 La hija del Rey René.
 Los extremos.
 La frutera de Murillo
 La cantinera.
 La venganza de Catana.
 La marquesita.
 La novela de la vida.
 La torre de Garan.
 La nave sin piloto.
 Los amigos.
 La judía en el campamento, ó
 ¡Glorias de Africa.
 Los criados.
 Los caballeros de la niebla.
 La escala de matrimonio.
 La torre de Babel.
 La caza del gallo.
 La desobediencia.
 La buena alhaja.
 La niña mimada.
 Los maridos (refundida.)
 Mi mamá.
 Mal de ojo.
 Mi oso y mi sobrina.
 Martín Zurbarano.
 Marta y María.
 Madrid en 1818.
 Madrid á vista de pájaro.
 Miel sobre hojuelas.
 Mártires de Polonia.
 Marta! ó la Emparedada.

Misericordias de aldea.
 Mi mujer y el primo.
 Negro y Blanco.
 Ninguno se entiende, ó un hom-
 bre tímido.
 Nobleza contra nobleza.
 No es todo oro lo que reluce.
 No lo quiero saber.
 Nativa.
 Olimpia.
 Propósito de enmienda.
 Pescar á rio revuelto.
 Por ella y por él.
 Para heridas las de honor, ó el
 desagravio del Cid.
 Por la puerta del jardín.
 Poderoso caballero es D. Dinero.
 Pecados veniales.
 Premio y castigo, ó la conquista
 de Ronda.
 Por una pensión.
 Para dos pedices, dos.
 Prestamos sobre la honra.
 Para mentir las mujeres.
 ¡Que convidó al Coronell...
 Quien mucho abarca.
 ¡Qué suerte la mía!
 ¿Quién es el autor?
 ¿Quién es el padre?
 Rebeca.
 Rival y amigo.
 Rosita.
 Su Imagen.
 Se salvó el honor.
 Santo y peana.
 San Isidro (Patron de Madrid.)
 Sueños de amor y ambición.
 Sin prueba plena.
 Sobresaltos de un marido.
 Si la mula fuera buena.
 Tales padres, tales hijos.
 Traidor, infanoso y mártir.

También por cuento ajeno
 Tod unes.
 Torbellino.
 Unamor á la moda.
 Una conjuración lementina.
 Un dómimo como hay pocos.
 Un pollito en calzas prietas.
 Un huésped del otro mundo.
 Una venganza leal.
 Una conciencia alfabética.
 Una conciencia en blanco.
 Una noche en blanco.
 Uno de tantos.
 Un marido en eusrte.
 Una lección reservada.
 Un marido s ustulo.
 Una equivocación.
 En retrato á quemarropa
 ¡Un Tiberio!
 Un lobo y una raposa.
 Una renta vitalicia.
 Una renta vitalicia.
 Una mentira inocente.
 Una mujer misteriosa.
 Una lección de corte.
 Una falta.
 Un paje y un caballero
 Un sí y un no.
 Una lágrima y un beso.
 Una lección de mundo.
 Una mujer de historia.
 Una herencia completa.
 Un hombre fino.
 Una poetisa y su marido.
 ¡Un regicida!
 Un marido cogido por los calca-
 llos.
 Un estudiante novel.
 Un hombre del siglo.
 Un viejo pollo.
 Ver y no ver.
 Zamarrilla, ó los bandidos de la
 Serranía de Ronda.

ZARZUELAS.

Angélica y Medoro
 Armas de buena ley.
 A cual mas feo.
 Ardides y cuchilladas
 Claveyina la Gitana.
 Cupido y Marte.
 Céjro y Flora.
 D. Sisenando.
 Doña Mariquita.
 Don Grisanto, ó el Alcalde pro-
 vedor.
 Don Pascual.
 El Bachiller.
 El doctrino.
 El ensayo de una ópera.
 El enlesero y la mija.
 El perro del hortelano.
 En cuenta y en Marruecos.
 El león en la ratonera.
 Enredos de carnaval.
 El delirio dramático.
 El Postillon de la Rioja (Música.)
 El vizconde de Letorieros.
 El mundo á escape.
 El capitán español.
 El corneta.
 El hombre feliz.
 El caballo blanco.
 El colegial.
 El último mono.
 El primer cuento de un pollo
 entre Pinto y Valdemoro.
 El mesquetismo... animal
 El calif. de la calle Mayor.
 En las astas del oro.

El mundo nuevo.
 El hijo de D. José.
 Entre mi mujer y el primo.
 El noveno mandamiento.
 El juicio final.
 El gorro negro.
 El hijo del Lavapiés.
 El amor por los cabellos.
 El mudo.
 El Paraíso en Madrid.
 El elixir de amor.
 El sueño del pescador.
 Giralda.
 Barty el Diabolo.
 Juan Lanas. (Música.)
 Jacinto.
 La Hiera del Oidor.
 La noche de ánimas.
 La familia nerviosa, ó el suegro
 omnibus.
 Las bodas de Juanita. (Música.)
 Los dos flamantes.
 La modista.
 La colegiala.
 Los conspiradores.
 La espada de Bernardo.
 La hija de la Providencia.
 La roca ne gra.
 La estatua encapitada.
 Los jardines del Buen retiro.
 Loco de amor y en la corte.
 La venta encanada.
 La leca de amor, ó las prisiones
 de Edimburgo.

La Jardinera. (Música.)
 La toma de Tetuan.
 La cruz del valle.
 La Pastora de los Humeros.
 La Pastora de la Alcarria
 Los herederos.
 La pupila.
 Los pecados capitales.
 La gitaniilla.
 La artista.
 La casa roja.
 Los piratas.
 La señora del sombrero.
 La mina de oro.
 Mateo y Matea.
 Moreto. (Música.)
 Matilde y Mateo-Adhel.
 Nadie se muere hasta que Dios
 quiere.
 Nadie tome á la Reina.
 Pedro y Catalina.
 Por sorpresa.
 Por amor al prójimo.
 Pique y marqués.
 Pablo y Virginia.
 Retrato y original.
 Tal para cual.
 Un primo.
 Una guerra de familia.
 Un cocinero.
 Un sobrino.
 Un rival del otro mundo.
 Un marido por apuesta.
 Un quinto y un sustituto

PUNTOS DE VENTA Y COMISIONADOS PRINCIPALES.

PROVINCIAS.

<i>Albacete.</i>	R. S. Perez	<i>Lucena.</i>	J. B. Cabezas.
<i>Alcala de Henares.</i>	Z. Bermejo.	<i>Lugo.</i>	Viuda de Pujol.
<i>Alcor.</i>	J. Marín.	<i>Mahon.</i>	P. Vincent.
<i>Algeciras.</i>	R. Muro.	<i>Malaga.</i>	J. G. Taboada y P. de
<i>Alicante.</i>	J. Gossart.		Moya.
<i>Almagro.</i>	A. Vicente Perez.	<i>Manila (Filipinas).</i>	M. Planas.
<i>Almeria.</i>	M. Alvarez.	<i>Mataró.</i>	N. Clavell.
<i>Andájar.</i>	A. Casas.	<i>Mondoñedo.</i>	Viuda de Delgado.
<i>Antequera.</i>	J. A. de Palma.	<i>Montilla.</i>	D. Santolalla.
<i>Aranjuez.</i>	J. Guillon.	<i>Murcia.</i>	T. Guerra y Herederos
<i>Avila.</i>	S. Lopez.		de Andrión.
<i>Badajoz.</i>	M. Roman Alvarez.	<i>Ocaña.</i>	V. Calvillo.
<i>Baeza.</i>	F. Coronado.	<i>Orense.</i>	J. Ramon Perez.
<i>Barbastro.</i>	L. R. Segura.	<i>Orizuela.</i>	J. Martinez Alvarez.
<i>Barcelona.</i>	M. Gorrals.	<i>Osuna.</i>	V. Montero.
	Viuda de Bartolomeus y	<i>Oviedo.</i>	J. Martinez.
	Cerdá.	<i>Palencia.</i>	Ferriñ y Menendez.
	J. Génova.	<i>Palma de Mallorca.</i>	P. J. Gelaberti.
	E. Delmas.	<i>Pamplona.</i>	J. Bios.
	F. Arnaiz y A. Hervias.	<i>Pontevedra.</i>	J. Bueta Solla y Comp
	B. Montoya.	<i>Priego (Córdoba.)</i>	J. de la Cámara.
	H. G. Perez.	<i>Puerto de Sta. Maria.</i>	P. A. Rafoso.
	Verdugo y Compañia.	<i>Puerto-Rico.</i>	J. Mestre, de Mayagüez.
	F. Molina.	<i>Requena.</i>	C. Garcia.
	F. Maria Poggi, de Santa	<i>Reus.</i>	J. Prius.
	Cruz de Tenerife.	<i>Rioseco.</i>	M. Prádanos.
	J. M. Egulluz.	<i>Ronda.</i>	Viuda de Gutierrez.
	E. Torres.	<i>Salamanca.</i>	R. Huebra.
	A. Mellado y Orcajada	<i>San Fernando.</i>	J. Gay.
	J. M. de Solo.	<i>S. Ildefonso (La Granja)</i>	J. Aldrete.
	L. Ocharán.	<i>Santúcar.</i>	J. de Oña.
	M. Garcia de la Torre.	<i>San Sebastian.</i>	A. Garralda
	P. Acosta.	<i>S. Lorenzo. (Escorial.)</i>	S. Herrero.
	C. Barberini, y M. Garcia	<i>Santander.</i>	C. Medina.
	Lovera.	<i>Santiago.</i>	B. Escribano.
	J. Lago.	<i>Segovia.</i>	L. M. Salcedo.
	M. Mariana.	<i>Sevilla.</i>	F. Alvarez y Comp.
	J. Guill.	<i>Soria.</i>	F. Perez Kioja.
	N. Taxonera.	<i>Talavera de la Reina.</i>	A. Sanchez de Castro.
	M. Alegrot	<i>Tarazona de Aragon.</i>	P. Veraton.
	E. Dorca.	<i>Tarazona.</i>	V. Font.
	Urosco y Cruz.	<i>Ternel.</i>	F. Baquedano.
	J. M. Fuensalida y Viuda	<i>Toledo.</i>	J. Hernandez.
	ó Hijos de Zamora:	<i>Toro.</i>	L. Poblacion.
	R. Oñana.	<i>Trujillo.</i>	A. Herranz.
	N. Ceballos.	<i>Tudela.</i>	M. Izalza.
	P. Quintana.	<i>Tuy.</i>	E. Cruz Hermanos.
	J. F. Osorno.	<i>Ubeda.</i>	T. Perez.
	R. Guillen.	<i>Valencia.</i>	J. Garcia, F. Navarro y
	M. Martinez.		Mariana y Sanz.
	F. Perez Fluixá.	<i>Valledorid.</i>	D. Jover y H. de Rodrigz.
	F. Alvarez de Sevilla.	<i>Vich.</i>	Soler, Hermanos.
	Mihon Hermano.	<i>Vigo.</i>	M. Fernandez Dios.
	J. Sol e hijo.	<i>Villanueva y Geltrú.</i>	L. Creus.
	J. Orellana y Sanchez.	<i>Vitoria.</i>	V. Oquendo.
	F. Brelba.	<i>Zafra.</i>	A. Oguet.
	A. Gomez.	<i>Zamora.</i>	V. Fuertes.
		<i>Zaragoza.</i>	L. Ducassi, J. Comin y
			Comp. y V. de Heredia.

MADRID.

Librerías de la VIUDA É HIJOS DE CUESTA, y de MOYA Y PLAZA, calle de Carretas; de A. DURAN, Carrera de San Gerónimo; de L. LOPEZ, calle del Carmen, y de M. ESCRIBANO, calle del Príncipe.